André Breton
Martinica
encantadora
de serpientes
Lectulandia

«Nada será hecho mientras ciertos tabúes no hayan sido levantados, mientras no lleguemos a eliminar de la sangre humana las mortales toxinas que mantienen la creencia —cada vez más indolente— en un más allá, mientras no terminemos con el espíritu de cuerpo absurdamente aferrado a las naciones y a las razas, y con la abyección suprema que se llama el poder del dinero. Nada puede cambiar la certeza de que, desde hace un siglo, ha sido atribución de los poetas agrietar esa armadura que nos ahoga, y es significativo observar que la posteridad sólo atiende a consagrar a aquéllos que han ido más lejos en esta tarea».

Lectulandia

André Breton

Martinica

encantadora de serpientes

ePub r1.0
Blok 17.09.14

Título original: *Martinique, charmeuse de serpents*
André Breton, 1948
Traducción y prólogo: Rodolfo Alonso
Notas: Mario Pellegrini
Ilustraciones: André Masson
Retoque de cubierta: Allen

Editor digital: Blok
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

¿Voy a leer, después, a André Breton?
CÉSAR VALLEJO

No era posible imaginarse peores circunstancias. La caída de París, en junio de 1940, no sólo había concretado el deshonor de Francia, colocándola casi totalmente en las manos de Hitler y sólo en parte bajo el no menos oprobioso régimen colaboracionista de Vichy. Sino que, con la única excepción de la asediada Inglaterra, dejaba prácticamente a toda Europa bajo el yugo nazi. En tan sombrío contexto, parte del grupo surrealista orientado por André Breton (1896-1966) intenta refugiarse en Marsella. Pero no sin padecer las consecuencias. El 3 de diciembre, una visita a la ciudad del jefe de la mal llamada «revolución nacional», el siniestro Pétain, hace que Breton, considerado un peligroso agitador, sea encarcelado preventivamente durante cuatro días. Poco después, entre febrero y marzo, los censores de Vichy no sólo prohíben la publicación de su *Antología del Humor Negro*, sino también su poema *Fata Morgana*, ilustrado por Wifredo Lam. Todo hacía predecir lo peor cuando, azarosamente, Varian Fry y el Comité Norteamericano de Rescate le consiguen una visa mediante la cual, tanto Breton como su esposa y su hija Aube, dejan Marsella el 24 de marzo a bordo del *Paul-Lemerle*, junto con otros refugiados, entre ellos Claude Lévi-Strauss.

Las perspectivas, entonces, no podían resultar sino funestas. Y sin embargo, de la breve estadía de Breton en una colonia francesa del Caribe (la isla de Martinica, ya caída bajo el régimen de Vichy) y que se abre con su internación por una semana en un campo de concentración, iba a surgir no sólo una firme reafirmación del surrealismo sino también en gran medida su relanzamiento y su más ampliada reverberación, a niveles más vastos. Porque allí iba a encontrarse Breton, no ya como teoría sino como acto, como experiencia, tanto con una naturaleza en estado salvaje, radiante y exaltadora, como también con la evidencia de la rebelión humana, con la resistencia de los negros contra el nuevo rostro de la esclavitud: el colonialismo, y en una dimensión de alcance no apenas local sino planetario.

Primero a solas y pronto en compañía de otro surrealista, el pintor André Masson, que había logrado dejar Marsella una semana después, Breton produce algunos textos muy significativos, que se irían dando a conocer primero individualmente en diferentes publicaciones. Y que recién en 1948 serían reunidos en un volumen: *Martinica*, cuyo subtítulo, *Encantadora de serpientes*, alude con muy válidas razones al título de uno de los más bellos y seductores cuadros del aduanero Rousseau. Esas páginas que hoy ponemos en tus manos, inaudito lector, cobrarían desde entonces un alcance sin duda tan sostenido como inusitado.

Y no por una sino muchas razones. En primer lugar, por todo el fecundo peso que en ello ha tenido el «azar objetivo», desde siempre tan caro a los surrealistas. También por el carácter colectivo de su creación, que no responde en absoluto a la idea de «autor» único: Masson no sólo dibuja sino que también escribe, y en ocasiones a cuatro manos con Breton. Y por no responder tampoco a la idea de género o de estilo (ni siquiera a la supuesta prescripción de una escritura automática), tal como Breton lo reconoce explícitamente en su prefacio: «*Tanto como no hay mirada susceptible de abrazar a la vez lo mejor y lo peor, no puede haber lenguaje común para decirlo. Así fuimos conducidos, en las páginas que siguen, a dar una parte al lenguaje lírico, otra al lenguaje de simple información. Fuimos locamente seducidos y al mismo tiempo resultamos heridos e indignados*».

Si la seducción resplandeciente de lo real maravilloso que el Caribe iba luego a imponer legítimamente como su aura, resulta aquí casi de antemano una confirmación también de la entrega a lo maravilloso encauzada por el surrealismo, éste último, que nunca podrá ser considerado como una mera escuela literaria y artística más, redescubre en la situación atrozmente feudal con que el colonialismo atenaza a Martinica y sobre todo a su población negra, su condición original de movimiento subversivo que lo llevó a inaugurarse afirmando que «hay que arribar a una nueva Declaración de los Derechos del Hombre».

Es en las Antillas, y es en Martinica, que el surrealismo redescubre como presencia viva sus propios fundamentos: la maravilla casi abrumadora de una naturaleza libre y fascinante, fecunda y desbordada, ebria de libertad y de belleza, tanto como la no menos fascinante naturaleza humana que allí ha prohijado, y que aunque por ello mismo todavía más injustamente oprimida por los resabios de la esclavitud y la infame realidad del feudalismo, no cesa de prodigarse también en todas direcciones, en la consagración del instinto, de lo secreto y de todos sus dones (Breton mismo, al parecer sordo hasta entonces, descubre allí la música). Y es en las Antillas y es en Martinica donde, diez años después de sus hermanos precursores de *Legítima Defensa*[a], que en París se habían integrado plenamente al surrealismo, éste ha revivido y alcanzado nuevas cimas, nuevos dominios, nuevos escalones de libertad y de belleza, al descubrir el grupo congregado alrededor de Aimé Césaire y su revista *Tropiques*[b].

En un contexto histórico apenas anterior, no menos dramático y obviamente premonitorio, si es que no precursor: la heroica resistencia antifascista de los republicanos españoles que entre 1936 y 1939 se enfrentaron a la rebelión franquista apoyada descaradamente por Hitler y Mussolini, ese peruano universal que fue nuestro gran César Vallejo (1892-1938) escribió en París, el 5 de noviembre de 1937 aquel poema lacerante que comienza «Un hombre pasa con un pan al hombro…»[c] y en uno de cuyos dísticos, abrumado con toda justicia por la magnitud de la tragedia,

entre otras dolorosas preguntas se hace ésta: «¿Voy a leer, después, a André Breton?».

Sin duda no me da la talla pero, excediéndome, y confío que tan lealmente como él, me digo y le diría que tal vez su propia respuesta hubiera sido afirmativa, si le hubiera resultado posible leer, en estas páginas, textos de tan encendida rebelión como *Aguas turbulentas* y también *Un gran poeta negro*, donde no sólo se estigmatiza la iniquidad del colonialismo y del racismo sino que también se revela como modelo para el mundo, Europa incluida, al martiniqués Aimé Césaire: «el primer soplo nuevo, revivificante, apto para devolver toda confianza es el aporte de un negro. Y es un negro que maneja la lengua francesa como un blanco hoy no puede manejarla». Y no fue moda de un momento. La primera declaración que iba a hacer pública el surrealismo en la posguerra (1947) se titula ya, nítida y luminosamente: *Libertad es una palabra vietnamita*. Y Breton iba a ser uno de los firmantes de aquel dignísimo *Manifiesto de los 121* (1958) que, en plena guerra de Argelia, proclamó el derecho de los jóvenes franceses a rehusarse al servicio militar en una guerra colonial.

Y más allá de que a todo lo largo de estas páginas resplandezca una mirada anticipadamente ecológica en cuanto es admiración maravillada por la naturaleza libre, no dejo de intuir también una denuncia no menos visionaria de esa pesadilla de banalidad abrumadora con que la globalización iba a desolar el planeta, en estas líneas de *El diálogo criollo*: «Todo debe reinventarse, lo creo y pienso en la carencia intolerable que resultaría de una demasiado grande unificación del mundo. ¿Un mundo donde ya no habría nada que reinventar? El fin del mundo».

Que los dioses nos sean propicios.

Rodolfo Alonso

MARTINICA

Encantadora de serpientes

por André Breton

Prefacio

En Martinica, durante la primavera de 1941, nuestro ojo se divide. Se han producido, con el apoyo de una tesis fascinante, retratos extrañamente contrastados de un mismo ser, retratos obtenidos doblando fotográficamente la mitad izquierda y la mitad derecha de su rostro, como si cada una de ellas se reflejara sin corte visible en relación con el eje de la nariz. Recordamos lo que ocurrió, su imagen así tratada, con Paul Valéry y un criminal. Si recuerdo bien, el autor de la comunicación de que se trata[d] *creía, en último análisis, poder asignar a los dos ojos del hombre una vida diferente, como si uno estuviera volcado hacia el exterior, el efímero, el social, el otro hacia el interior, el eterno, el individual*[1]*. Experimentaciones semejantes realizadas en Fort de France sobre André Masson y yo, hubieran sin duda revelado contradictoriamente una expresión de malestar intolerable y una expresión radiante. Tanto como no hay mirada susceptible de abrazar a la vez lo mejor y lo peor, no puede haber lenguaje común para decirlo. Así fuimos conducidos, en las páginas que siguen, a dar una parte al lenguaje lírico, otra al lenguaje de simple información.*

Fuimos locamente seducidos y al mismo tiempo resultamos heridos e indignados. De allí el uso en voluntaria oposición de esas dos formas que tan bien la unidad de voces pone al abrigo de la discordancia, pero que además están ligadas aquí por intermedio de una conversación entre nosotros donde, si bien nuestro espíritu cede sin reserva a la imantación de un lugar ideal y real, nuestras palabras mantienen el giro a la vez sinuoso y familiar que nos confirma ante nosotros mismos menos preciosamente como artistas que como seres humanos.

Antilla

por André Masson

De noche el fuego en la cabaña se contempla en la mirada de tierra. Engastado por el silencio el gran ballet de palmeras susurra en el joven aire danzante.

*

Encopetada de bambúes mi salvaje cabeza de montaña choca un sueño de nube y observa al colibrí —suspendido en su vuelo— zambulléndose en un maelstrom de follaje.

*

Pelaje arborescente de la tierra destripada abanico de deseo impulso de savia[2] sí es la rueda de pesada hoja en el aire frutado. Interroga a la sensitiva[3] ella responde no pero roja en el corazón de la sombra vaginal reina la flor carnal del balicero[4] —la sangre se ha coagulado en la flor insigne. Lava espermática te ha nutrido modelando el vidrio banal la mano de fuego lo irisa de mortal nácar. La gran mano acaricia el seno del morro a menos que sea tu grupa Venus de antracita ella irrita la crin de las palmeras alza la pluma de los excesos y se desliza bajo el vellón enamorado de la enorme Selva.

*

En el cielo de tu frente el grito del flamboyán[5]
En el césped de tus labios la lengua arrancada del hibisco
En el cálido campo de tu vientre los cañaverales coronados de sabor
En los verdores perforados tus ojos de luciérnagas
En tus mamas el mango fino
Tus banianos a las muchachitas
El árbol del pan para todos los tuyos[6]
Y el árbol del veneno[7] para la bestia encasquetada.

El diálogo criollo

entre André Breton y André Masson

—Mira esa mancha blanca allá arriba, parece una flor inmensa pero quizá no es más que el reverso de una hoja: hay tan poco viento. La noche aquí debe estar llena de trampas, de ruidos desconocidos. Pero lo más bello porque es lo menos imaginable, es todavía el amanecer. Todo lo que no nos perdonaremos haber perdido.

—La selva nos rodea; ella y sus sortilegios, ya los conocíamos antes de haber venido. ¿Recuerdas un dibujo que titulé «Delirio vegetal»? Ese delirio está ahí, lo tocamos, participamos en él. Somos uno de esos árboles con pisos, llevando en el hueco de las ramas un pantano en miniatura con toda su vegetación parasitaria injertada en el tronco fundamental: ascendente, pendiente, activa, pasiva, y aparejada de arriba abajo con lianas de flores estrelladas.

—En efecto, tú te reencuentras aquí como nadie. Todo ha permanecido en su lugar desde hace tanto tiempo. Se terminará por percibir que los paisajes surrealistas son los menos arbitrarios. Es inevitable que éstos encuentren su resolución en países donde la naturaleza aún no ha sido domesticada en absoluto. Qué sueño rimbaudiano de planos opuestos esa caída sobre el valle al fondo del cual ruge el instrumento de todos los torbellinos.

—Sí, todo está en el mundo y no conozco nada más irrisorio que ese temor de la imaginación que oprime al pintor. La naturaleza y su profusión le dan vergüenza:

¡Encuentra flores que sean sillas! ¡Pero falta poco para que aquí las tengamos ante los ojos!

—Podemos preguntarnos en qué medida la indigencia de la vegetación europea es responsable de la huida de la mente hacia una flora imaginaria. ¿De lo que hoy se quiere escapar, es de la percepción en general o solamente de la percepción particular de eso que cae bajo nuestros sentidos cuando nos volvemos hacia los lugares menos favorecidos? Algunos, de una manera deliberada, abandonaron Europa por esa sola razón. Es inquietante pensar que Gauguin, entre otros, pasó por Martinica y soñó con radicarse en ella.

—Exotismo, dirán con malevolencia, exotismo, he aquí la gran palabra cobarde. ¿Pero qué entender por exotismo? La tierra entera nos pertenece. El hecho de haber nacido cerca de un sauce llorón no es un motivo para que deba consagrar mi expresión a ese apego por cierto estrecho.

—Donde sea que estemos condenados a vivir, no estamos, por lo demás, totalmente limitados al paisaje de nuestra ventana: están las ilustraciones de los libros infantiles, de donde se sacan tantos recuerdos visuales apenas menos reales que los otros. Pero aquí la necesidad de otra cosa no es después de todo tan grande como en otra parte, ¿no te parece? No se tiene en verdad nada que añadir a este lugar para mejorarlo. No sueño, por supuesto, en rehabilitar el arte de la imitación, pero me parecería menos condenable aquí que en otro lado.

—Lo condenable, a mi entender, es el empobrecimiento de lo que hay. Muy

jóvenes, soñamos frente a los grabados del *Magasin pittoresque* y, más tarde, amamos las selvas vírgenes del aduanero Rousseau a las que tú, creo, reencontraste en México.

—Aquí, Rousseau está en su lugar quizás mucho más todavía que allá. Sabes que con frecuencia se pone en duda que él haya visto América con sus propios ojos. Se trata de un problema muy importante, a mi parecer. Los argumentos de un lado y otro son impresionantes. Apollinaire es terminante: el Aduanero hizo su servicio militar como músico en México. Sin embargo, en una nota biográfica de mano de Rousseau, redactada en 1892, no se encuentra mención de esa estadía. ¿A quién creer? Sería una buena pregunta de examen superior para plantear a los críticos de arte —¿no crees que habría que hacerles rendir exámenes?— ¿la pintura de Rousseau prueba que ha conocido los trópicos o que no los ha conocido?

—Los críticos se han detenido poco, en efecto, sobre esta cuestión importante. Todos los rodeos del sueño son allí cuestionados. Sea como fuere, me hablabas el otro día sobre *La encantadora de serpientes*, ese cuadro del Louvre tan fascinante. Desde que llegamos, nos la cruzamos todos los días en nuestro camino. No ha perdido nada de su misterio y de su atracción.

—Ahí está lo extraordinario. ¡Ese negro con quien nos hemos cruzado hace poco en el bosque, sable desenvainado —no, era su machete de cortador de cañas— estaba bastante emparentado con ella! Si Rousseau no se movió de Francia, habría entonces que admitir que su psicología de primitivo le ha descubierto espacios totalmente primitivos *conformes a la realidad*. Habría entonces, más allá de todos los obstáculos planteados por la civilización, una comunicación misteriosa, *segunda*, siempre posible entre los hombres sobre la base de lo que los ha unido originalmente, y dividido. Eso merecería algo más que el vacío comentario al que se han limitado sobre este tema.

—Tocas allí algo que me emociona vivamente. Siempre has defendido esa tesis de la virtud mediúmnica necesaria al poeta, al artista. En efecto, se podría adelantar que Henri Rousseau era el depositario de sueños, de deseos seculares. La nostalgia de una vida edénica es en él sorprendente: creo que la que se revela en los *Paraísos* de Fra Angélico, por ejemplo, es mucho menos profunda.

Me hablabas de los *Viajes* de Cook[8], que no he leído. Me gustaría que me digas más sobre esa obra que es bien considerada, al parecer, en la historia de los descubrimientos de islas lejanas —poéticamente lejanas.

—He retenido sobre todo el episodio del encuentro de un marino y de una bella isleña. A falta de un lenguaje común, esos dos seres que se amaban pudieron decírselo *todo* en un lenguaje inventado, hecho solamente de caricias. Ese episodio domina para mí el largo ensueño que dispensa la obra. Los europeos, ingleses en la ocasión, hacen triste papel. Mal nos defendemos, en un escenario como ese donde la

mirada sin fin describe la línea serpenteante, de evocar esas muchachas coronadas de flores que partían nadando delante de los barcos. Cuando decimos que el amor debe ser reinventado…

—Todo debe reinventarse, lo creo y pienso en la carencia intolerable que resultaría de una demasiado grande unificación del mundo. ¿Un mundo donde ya no habría nada que reinventar? El fin del mundo.

—Escucha…

—Nuestros amigos lo llaman el silbador de las montañas, escucha: son muchísimos y sus cantos conjugados componen un aura melancólica alrededor de la bella flor de liana en forma de estrella que nos hubiera dado pena cortar.

—Melancólica… Se padecen los intervalos que separan cada modulación de la siguiente.

Durante esa pausa no hay nada valedero para la acción. En *Sombras blancas*[9] quizá sólo los besos intercambiados hubieran podido soportar ese acompañamiento. Pero la flor de liana es también demasiado tenue para una estrella y demasiado blanca: sólo podría deslizarse de la carta de una sílfide. Esas lianas, cuando se llega a abarcarlas en una sola mirada —hablo de las que son tan verticales, tan altas— son verdaderamente el arpa de la tierra. Y la pequeña manzana que viene de esta estrella, ¿la has probado? Una manzana para una Eva que sería una serpiente… ¿Qué es lo

que puede fundirse así en la boca, veneno y miel de cantáridas[10], si eso fuera posible? A semejantes frutos, nuestros amigos los grandes perversos de fines del siglo XIX no hubieran querido morderlos más que escuchando poemas de Levet[11] sobre un diván negro.

—*Sombras blancas*, qué lejos y cerca está a la vez. Por la misma época yo leía *Typee*, el libro de Melville[12], que muestra cómo es posible acostumbrarse a un edén caníbal por mediación de las mujeres, todas un poco hechiceras… Pero fíjate: allá en el lecho del torrente esa charca de agua de un amarillo inquietante y esas burbujas silbantes, es una fuente de agua cálida, el volcán nunca está lejos en esta isla.

—Bien supo decir de una vez lo que había que decir. Diablos, ¡y esa idea de perdonar solamente al prisionero[13]! Rodin, el magnífico héroe de Sade, hubiera estado contento[14]. Por otra parte ese volcán había escondido bien su juego. No me disgusta esta anécdota: un viejo cura, cuya vida había transcurrido en Martinica, es convocado a otro lugar poco antes de la catástrofe. En el momento de ir a tomar su café, lo alcanza un «hermano» muy agitado. «Venga inmediatamente. El Padre Superior le quiere hablar». Que no se preocupe, se dice, tengo bastante tiempo. Un segundo hermano se dirige a él en los mismos términos. Después un tercero. ¿Pero qué pasa al fin? ¿Me dejarán desayunar? «Me ha hecho jurar, le dice el otro, no decirle nada pero creo que hubo una erupción en Martinica. —Entonces, puedo ir a tomar mi café. No hay volcán en Martinica».

—Excelente historia. Nos muestra que habrá siempre héroes de la incredulidad. Allí no hay volcanes, no hay tampoco prehistoria, a pesar de ese esplendor de inflorescencias gigantes que son los helechos arborescentes y a pesar de los árboles petrificados del sur de la isla. Quedan felizmente las pruebas del «museo vulcanológico» (bella idea: un museo de la catástrofe[15]) que hemos visitado con toda la seriedad que se imponía. Esos objetos perturbados nos enseñan sobre todo que el estilo 1900 —la erupción es de 1902— tenía necesidad del retoque del fuego elemental. ¿No te parece que el volcán ha mejorado esas lámparas más bien afectadas, esa cristalería aún no suficientemente contorsionada y cambiante? Sé cuánto admiras la irisación producida por la lava, irisación llevada mucho más lejos que lo que puede producir el horno del ceramista.

—Una maravilla. Una botella de litro, una «vulgar» botella que sufrió tales convulsiones y fue tan cuidadosamente acariciada por todos esos reflejos de la cristalería de excavación, hubiera hecho morir de envidia al Sr. Gallé[16], caro a Barres[17]. Uno se pregunta cuál comenzó, cuál es responsable del otro, ¿el modern style o el temblor de tierra? Y el pequeño frasco de perfume preciosamente montado que admiramos en el museo, ese frasco tan herméticamente tapado que solo el continente pudo entrar en danza, ¡qué no daría por abrirlo! El mismo diablo sentiría el jazmín.

—La ocurrencia de Wilde sobre la naturaleza imitando al arte, ¿qué pensar aquí?

—Los menos inclinados a examinarla serían todavía los arquitectos. Se podrían alinear todas las catedrales, dinamitar algunas, reflejar todo en un lago y administrar belladona a los espectadores que aún no se llegaría ni a los talones del enmarañamiento de esos árboles especializados en la acrobacia, que se levantan unos a otros hasta las nubes, saltan los precipicios y quejándose describen el arco de las hechiceras queridas bajo ventosas de flores viscosas que son lámparas de acetileno, lámparas de arco destinadas a alumbrar las regiones reservadas en las sombras del corazón, las criptas maternales que se entreabren y se cierran sobre nuestra vida.

—Es verdad, aquí todas las formas se confrontan y todos los contrastes se exaltan. En el *corazón* de la selva, ¡cómo amo esa expresión! Sí, nuestro corazón está en el centro de ese enredo prodigioso. ¡Qué escalas para el sueño, esas lianas implacables! Esas ramas, ¡qué arcos tendidos para las Hechas de nuestros pensamientos!

—¡El vacío también, qué profundo es, qué tentador es a costa de esas espesuras que lo rodean! La piedra que desde lo alto del puente acabas de dejar caer no termina de hacerlo y es algo de nosotros mismos. Una segunda, ha sido yo mismo.

De todos modos dan más ganas de arrojarse desde ese puente que del de la rue de Rome. No regreso sin pena al camino. Una sombra de nosotros se habrá separado aquí, habrá sido una muy débil, una muy fugitiva premonición de muerte, pero la muerte ha pasado sin embargo: atención, el suelo está mojado, resbaloso, las hojas están laqueadas.

—Sí, precipicios, abismos, esta espléndida selva es también un pozo. Y todo eso está bajo el signo de lo húmedo. Mira, esas explosiones de bambúes están como envueltas en humeantes vapores, y las cimas de los morros están empenechadas de nubes pesadas.

—Estamos lejos de la Avenida du Bois.

—Estamos muy lejos aquí de las perspectivas inventadas. La gran naturaleza no ama las avenidas rectas y no admite la simetría, que es el dominio tradicional del hombre. Las avenidas modernas y, en la historia lejana, los alineamientos megalíticos, plantación de rígidos decorados: simetría. «La tristeza de extensas perspectivas monumentales», así habla Beckford[18]. Y para Pascal el sentido de la simetría sólo está fundado en la figura del hombre.

—Que se la quiten y mucho me temo que deberá renunciar al desciframiento de las apariencias.

Es verdad que de lo que se goza es de lo que menos se descifra. Conoces la experiencia que, entre dos figuras posibles, blanca sobre fondo negro, negra sobre fondo blanco, muestra que el ojo separa la figura simétrica con exclusión de la otra, no dando preferencia al negro sobre el blanco, al blanco sobre el negro. Si dos objetos asimétricos y de sustancia diferente estuvieran separados por un intervalo simétrico,

todo induce a creer que es el intervalo lo que se leería, que es el intervalo el que se volvería real, mientras que los objetos desaparecerían, se fundirían con el fondo.

—La teoría de las estructuras privilegiadas ha merecido toda mi atención[19]. Si la mente del hombre se complace con ciertas construcciones, con ciertas geometrías, es sin duda que ellas lo tranquilizan. Creemos poder abandonarnos impunemente a la selva y he aquí que de golpe sus meandros nos obsesionan: ¿saldremos del verde laberinto, no estaremos en las Puertas Pánicas?

—Felizmente no tendremos que buscar muy lejos el antídoto. Sin caer en el finalismo de *Pablo y Virginia*[20], nos encantamos con la idea de que el sur de la isla contradice y conjura lo que este paisaje tiene de peligroso[21]. La naturaleza a veces también ama la simetría: la ama en los cristales y el hombre no ha hecho más que tomarla como modelo al despejar el polvo y liberar la luz total que arde en el diamante. ¿No te parece a la vez singular y necesario que el peñón de la isla que mira al mar abierto sea precisamente el Peñón del Diamante?

—Veo allí la prenda misma de una liberación. Sí, estamos enamorados de la fuerza vegetal y a pesar de ello hemos experimentado la necesidad imperiosa de hablar sobre formas regulares en un lugar de la naturaleza donde precisamente lo informe, quiero decir la falta de marco, parece predominar, ¿hay algo más significativo?

—Llevémonos simbólicamente la flor del balicero bella como la circulación de la sangre desde lo más bajo a lo más alto de las especies, los cálices colmados hasta el borde de este sedimento maravilloso. Que ella sea el término heráldico de la conciliación que buscamos entre lo perceptible y lo que se escapa, la vida y el sueño —pasaremos por todo un enrejado de ellas para continuar avanzando de la única manera legítima que hay: a través de las llamas.

Alfileres temblantes[22]

El rompeolas

En la luz ahogada que baña la sabana, la estatua azulina de Joséphine de Beauharnais[23], perdida entre las altos troncos de los cocoteros, pone a la ciudad bajo un signo femenino y tierno. Los senos brotan del vestido de *merveilleuse* con muy alto talle[24], y es el hablar del Directorio que se demora en hacer rodar algunas piedras africanas para componer la poción de voluptuosa indefensión del balbuceo criollo. Es el Palacio Real sepultado bajo las ruinas del viejo Fort Royal[25] (pronuncien *Fó-yal*), el ruido de las grandes batallas del mundo —Marengo, Austerlitz, contadas galantemente en tres líneas —no aburrir a las damas— se apaga en esas encantadoras rodillas entreabiertas bajo los risueños tejados de *La Pagerie*[26].

La inscripción bi-alada

A lo largo de calles rumorosas, bellos letreros policromos desteñidos agotan todas las variedades de caracteres románticos. Por un momento, uno de ellos me tiene bajo el encanto perverso de los cuadros de la época negativista de René Magritte. Pero lo que contemplo de lejos es un Magritte extremadamente matizado —¿con la realidad en vía de ruptura o de conciliación?— Donde se representa, del tamaño de un águila, una mariposa azul cielo sobre la cual se lee en letras blancas la palabra PALOMO. Por lo demás, un naturalista de ese nombre, simplemente…

Diademas de la reina negra

En el otro extremo del arco, el mercado de pescados desarrolla sus fastos bajo los resplandores etéreos del diodo, del cofre y de toda la gama de verdaderos peces-paraíso ardientes como gemas, del amarillo azufre al violeta obispo, con las más atrevidas rayas, los más sabios moteados, los más caprichosos glaseados. Lo que confiere a esta pobre claraboya en pleno cielo su turbador carácter, es que también vienen a morir en ella algunas chispas del lujo y del fuego de las grandes profundidades. Bajo el mostrador se amontonan en la sombra, con reflejos hasta el infinito, colmadas de rosas rojas y rosadas, las conchas vacías de caracol marino en las que resonó la muy sangrienta rebelión negra de 1848[27].

La providencia gira

Por otra parte, en la escala de los sabores, los extraños frutos despiertan todas las sorpresas de lo no experimentado —con las sabias mezclas de algunas decepciones —. Bajo su vestido oblongo erizado, el corosol[28], mitad-farol mitad-follaje, libra su pulpa de sorbete nevado; cerca de un pozo el caimito[29] desliza su cadena de pepitas negras en el centro de un otoño fundente; sin olvidar ese higo de máscara violeta púrpura que está prohibido morder: entre el paladar y la lengua toda clase de diablillos techadores tejerían enseguida hilos de pegamento y extenderían pizarras de la peor astringencia. Y esos reyes del vergel tropical, que Giorgio de Chirico se dio el gusto de inmovilizar, con toda fuerza, al lado de la cabeza de Júpiter.

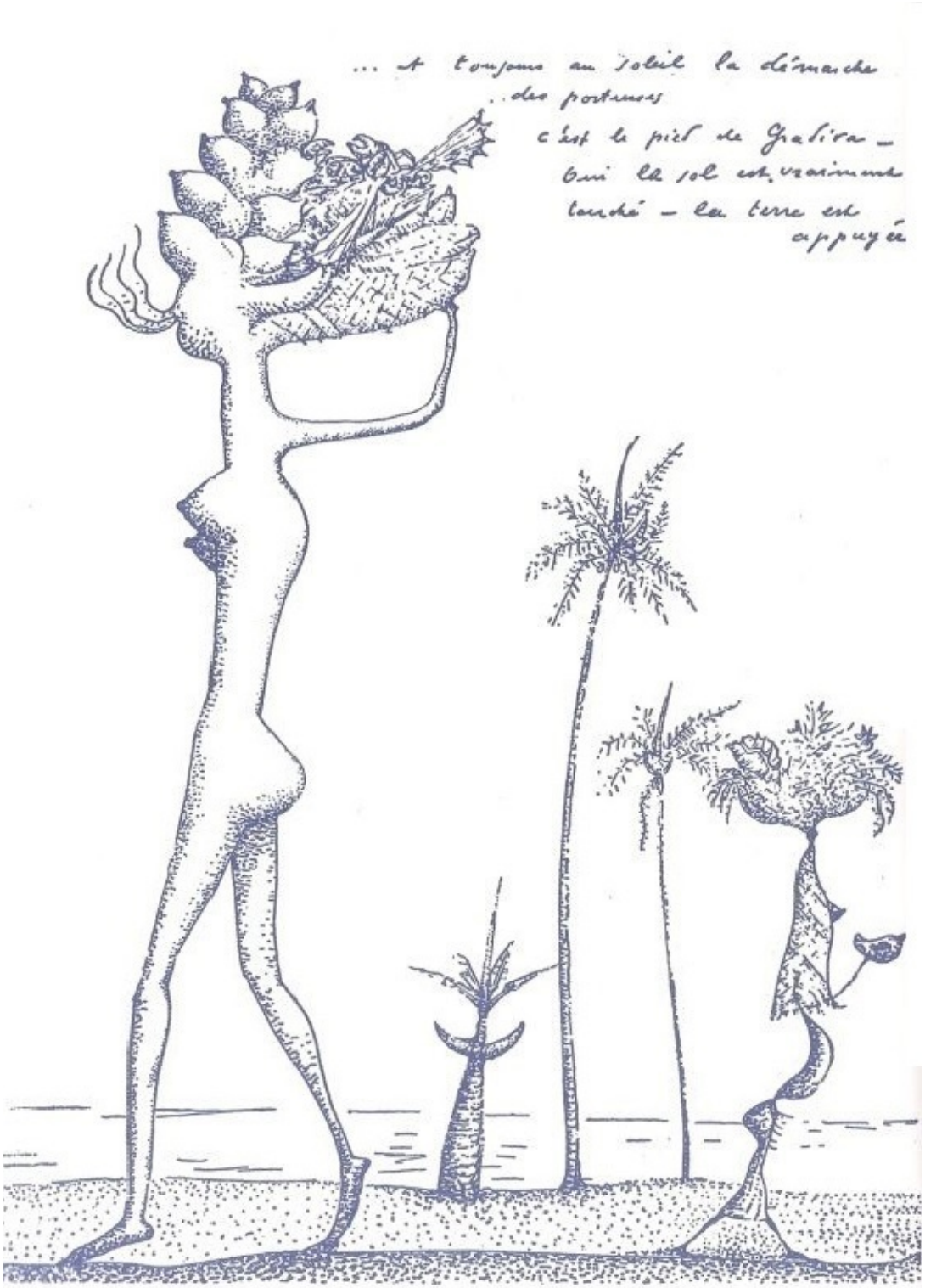
Para la señora Suzanne Césaire

Las campanas de la escuela dispersan por los cuatro costados las pequeñas mestizas risueñas, a menudo más claras de cabellos que de tez. Uno busca, entre las esencias nativas, con qué madera se entibian esas bellas carnes de sombra prismada: cacao, café, vainilla, cuyos follajes impresos adornan con un misterio persistente el papel de las bolsas de café donde va a acurrucarse el deseo desconocido de la infancia. ¿Con vistas a qué dosificación última, a qué equilibrio duradero entre el día y la noche —como se sueña con retener el segundo exacto en que el sol hundiéndose en el mar, con el tiempo muy calmo, realiza el fenómeno del «diamante verde[30]»— esa búsqueda, en el fondo del crisol, de la belleza femenina consumada aquí más a menudo que en otra parte y que nunca se me apareció tan resplandeciente como en un rostro de ceniza blanca y de brasas?

La linterna sorda[31]

A Aimé Césaire, Georges Gratiant,
René Ménil.

Y los grandes órganos son aquí la lluvia que cae y se perfuma: ¡qué estación para la llegada de sus expresos de vidrio desde todos los sentidos sobre mil rieles, para la maniobra sobre tantas plataformas giratorias! A toda hora carga con sus lanzas blancas y negras, corazas volando en destellos de mediodía de esas armaduras antiguas hechas de estrellas que nunca antes había visto. ¡El gran día de preparativos que puede preceder la noche de Walpurgis en el abismo de Absalón[32]! ¡Allí estoy! Por poco que la luz se vele, toda el agua del cielo se desploma en seguida sobre su carpa, de donde penden los aparejos de vértigo y el agua todavía se escurre al afinar los instrumentos agudos de cobre verde. La lluvia posa sus vidrios de lámpara alrededor de los bambúes, en las arandelas de flores bermejas aferradas por ventosas a las ramas, alrededor de las cuales no hace un minuto todos los pasos de danza enseñados por dos mariposas de sangre. Entonces todo se despliega en el fondo del tazón a la manera de las flores japonesas, después un claro se entreabre: el heliotropismo surge de allí con sus zapatos puntiagudos y sus uñas retorcidas. Cautiva todos los corazones, alza de un penacho a la sensitiva y desfallece al helecho cuya boca ardiente es la rueda del tiempo. Mi ojo es una violeta cerrada en el centro de la elipse, en la punta del látigo.



Portadora sin carga[33]

Como un espíritu que regresara a intervalos regulares, tan similar es su actitud que tan sólo a ellas pertenece y tan llevadas parecen por el mismo ritmo, muchachas de color pasan a menudo solas y cada una es la única en quien Baudelaire parece haber pensado ya que tan irreemplazable es la idea que ofrece:

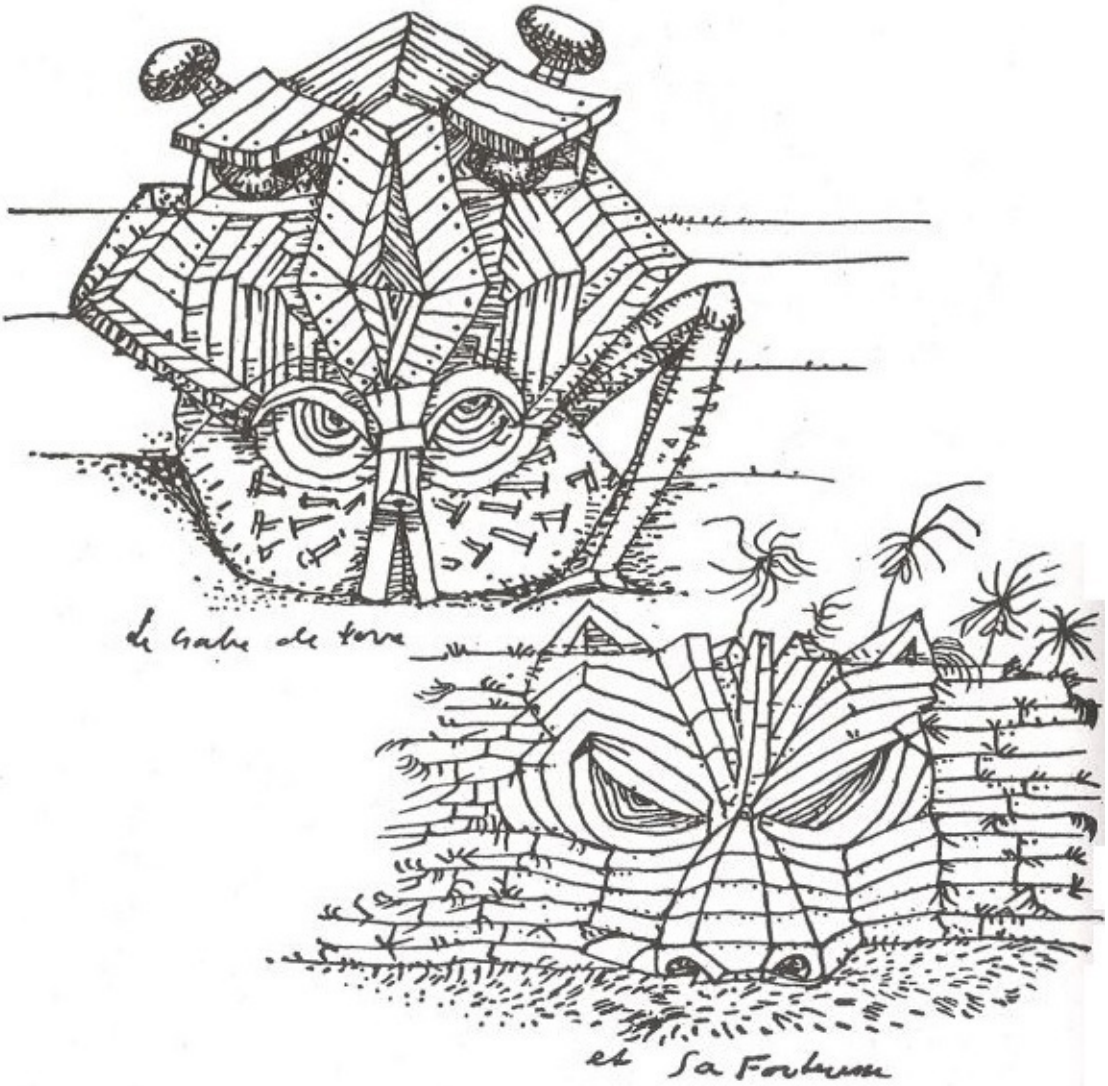
Y con sus vestiduras de nácar ondulantes[34],
Aún cuando ella marcha parecería que danza…

¿De qué noche sin edad y sin peso esta mensajera muda de la cual, desafiando a todas las cariátides, el tobillo y el cuello lanzan antes que sostienen la construcción totémica que en lo invisible se confunde —¿en vista de qué triunfo?— con el sueño de un monumento bajo las leyes de la impregnación?

El mapa de la isla[35]

La Pequeña Pierna, Favorita, Agujero-del-Gato, Punta La Rosa, Semáforo de la Gestión, Punta del Diablo, Hebra de Amor, Paso del Sin-Problemas, Cima Quebranto, Isla del Lobizón, Fénelon, Esperanza, Ensenada, Río Grande, Río Capote, Río Salado, Río Lagarto, Río Blanco, Río La Charca, Río Señora, Los Abismos, Choza-Caldo, Monte de la Llanura, Morro de las petrificaciones, Morro de Naranja, Morro Maravilla, Morro Rojo, Morro Locura, Morro Labella, Morro Humareda.

Aguas turbulentas



De madrugada, aunque el desembarco no esté previsto sino hasta el mediodía, los pasajeros comienzan a agitarse sobre la cubierta. Las miserias de la travesía son olvidadas. Hay quienes no se cansan de aspirar esa península de verdor tan fresco, todavía lejana, quienes frente a un pobre espejo de mano sacan menos agua que luz de su palangana de lona: por primera vez su toilette al aire libre tiene algo de radiante. En esa larga estela de un mes desde la partida de Marsella se disipa al fin

todo lo que la vida a bordo del Capitán Paul-Lemerle *ha podido ofrecer de difícil, de precario, cuando no de inútilmente odioso. La magra colchoneta de los dormitorios está definitivamente plegada, la cocina «rodante» junto a la cual fue necesario alinearse dos veces por día en busca de una pitanza de las menos atractivas, en un rincón toma un aire anacrónico, casi divertido. ¡Vamos!, los encargados de matar y despedazar los corderos y los bueyes ya no harán ese trabajo frente a un gran círculo de niños reunidos sobre el mismo puente, en plena tarde (para muchos adultos era un problema irritante saber de dónde «venía» esa carne). Una de las mañanas precedentes, en ese mismo lugar, fui sorprendido por la aparición en hilera de tres objetos conjugando su llama: un buey desollado, que quedó colgado desde la víspera, los pabellones en la popa del navío, el sol naciente. Su encuentro algo hermético, en abril de 1941, no carecía de un profundo sentido. Pero la proximidad de la meta, el contorneo sensible a la costa de la isla bastaron para alejar esas realidades penosas, para llevarse esos fantasmas. Nos mostramos los peces voladores, cada vez más pequeños, pero siempre más numerosos, estallando por delante en los menudos arcoiris del agua alzada.*

Los binoculares dirigidos hacia esa costa norte de la isla colman instantáneamente la distancia que separa la percepción común del sueño de los poetas. El espectáculo del lujo natural, con ese sentimiento de abundancia prodigada, ¡cómo un momento así no ensancharía el corazón de quienes a través de ese único puente todavía se ven ligados con Europa, aunque sea la Europa actual con todo su furor y sus estragos! Alemanes, austríacos, checos, españoles, raros franceses: aquellos a quienes no atrapó un bárbaro prejuicio de raza no expían otro crimen que el de haber encarnado en su país, a sabiendas de los amos de turno, un ideal generoso.

Toda la mañana, marcados por la sorpresa que procuran ciertos aspectos cada vez más diferentes del paisaje, una aldea toda sombreada de cocoteros, una caída de agua sobre la arena negra o el claro mariposeo de los pequeños «gomeros» de vela cuadrangular, las conjeturas van a buen paso: ¿se va a poder descender libremente a tierra? Aquellos que tienen la experiencia de los campos de concentración, o que conocen las vejaciones infligidas en Francia, desde el armisticio, a los extranjeros que han contraído un compromiso militar durante la guerra, no dejan de ser escépticos. Nadie sabe cuánto tiempo habrá que esperar aquí el nuevo transporte que lo llevará a destino.

«Martinica, me había dicho sin querer añadir nada el comandante del Paul-Lemerle, *que estaba en su vigésimo viaje por esta línea, Martinica: la vergüenza de Francia». Yo había comprendido sólo muy imperfectamente.*

La irrupción de las autoridades de control pronto generaliza la inquietud. Una decena de individuos, de aspecto físico temible, en ligero uniforme caqui, las piernas

desnudas, todos flanqueados con revólveres, la visera del casco ocultando mal su mirada hostil, van a emboscarse en el salón de oficiales. Provistos desde la mañana de números de orden, los pasajeros agrupados en la puerta esperan su turno. Pero el suboficial de infantería colonial encargado del ingreso, que de inmediato parece en actitud de provocación, decide no tomar en cuenta esos números. Frente a las protestas por otra parte muy moderadas que se elevan, pretende imponer el silencio total sobre el puente. Yo me alzo contra ese estúpido abuso de poder mientras que él ensaya vanamente intimidarme yéndoseme encima con los ojos en los ojos. Pero está claro que ha recibido la orden de tratarnos como prisioneros. «Eso no es nada —dice a todos riendo burlonamente— al lado de lo que les espera en el interior».

Muy rápido, en efecto, se esparce el rumor de que las primeras personas llamadas a comparecer ante los recién llegados han sido más o menos insultadas. A un joven científico de los más destacados, llamado a proseguir sus trabajos en Nueva York: «A la Punta Roja (es el nombre de uno de los campos de prisioneros de la isla) … No, usted no es francés, usted es judío y los judíos llamados franceses para nosotros son peores que los judíos extranjeros». A un periodista checo: «¡Linda profesión! ¡Usted la tuvo su guerra, eh!». Y como el interpelado se ofrece de inmediato a dar prueba de su continuada devoción a la causa francesa: «A la Punta Roja. Aquí, ustedes están en Martinica, donde hago lo que quiero». *A mí mismo: «Escritor. Supuestamente invitado a dar conferencias, a publicar obras de arte. ¡Eso le va a servir de mucho en América! ¿Francés? Que baje, pero vigilancia discreta»* (sic). *Me vuelven a llamar por cierto un poco más tarde para retirarme el pase sin explicación: voy a ser conducido con mi mujer y mi hija a la Punta Roja. Además de los nueve mil francos de caución que me acaban ilegalmente de exigir, me reclaman mil quinientos francos por gastos de internación*[36].

Al caer la noche franqueamos la puerta del antiguo leprosario del Lazareto (Punta Roja) custodiada por dos centinelas negros con bayonetas. La instalación que encontramos para dormir es como para añorar la del barco. Nada previsto para la alimentación: la cantina, a un precio fantástico, no puede ofrecer más que latas de sardinas. Nada de luz.

La mañana siguiente no deja de aportar su consuelo, pero ese consuelo acarrea también un incremento de amargura. Sin embargo algunas bellas esencias de árboles se estremecen para nosotros. Una pequeña ensenada en cuya playa no está prohibido bañarse —por lo demás no hay otra agua— reluce de madréporas aglomeradas frente a una ruina herrumbrada de barco de donde proceden sorprendentes caracoles marinos. Esos son algunos encantamientos de los trópicos. Pero un paso de más fuera del ámbito mal precisado hace surgir inevitablemente a un soldado con armas cuya consigna es hacernos volver sin amabilidad. Es evidente el cautiverio además. Aunque en los carteles fijados dentro del campo se use, por diestro eufemismo, la

palabra «albergado» en lugar de «internado», es imposible hacerse ilusiones sobre nuestra condición. Los «llamados» ocurren mañana y tarde.

Parece que, diariamente, los franceses van a poder ir a la ciudad hasta las cinco horas. Un oficial de la autoridad naval está allí para extender un permiso permanente, previa presentación de los documentos. Es el teniente Castain, que en el barco se ha destacado especialmente por su altanería y su insolencia. Rechaza mi pasaporte: «Breton. No».

Y como insisto en saber a qué debo ese trato especial: «El consejo de seguridad se opone a que usted ponga los pies en Fort de France».

Sólo al cabo de cinco días puedo disponer de un pase por algunas horas para ir a retirar una visa de tránsito al consulado dominicano. Estoy tan resuelto a aprovechar ese tiempo que me he preocupado el día anterior de pedir por carta una audiencia al gobernador. Sabiendo que hace muy poco asumió sus funciones no espero demasiado de nuestra entrevista, pero no quiero dejar pasar la oportunidad de enterarme cómo podrá justificar semejante arbitrariedad en lo que me concierne y sobre todo ardo por conocer lo que en Fort de France pueden temer de mí, descubrir lo que quieren que no sepa, salvaguardar mi testimonio.

El gobernador civil —en Martinica la autoridad real es ejercida por el almirante Robert— me recibe sin mayor formalidad. Es un hombrecito de cabellos blancos, de aspecto amable, casi oculto. Me deja exponerle mi caso, informarle que, desmovilizado el Iº de agosto pasado como médico-jefe de un agrupamiento de escuelas de aviación, considero insensato verme prisionero en tierra francesa sin conocer siquiera la acusación que pesa sobre mí. Él se apresura a deslindar su responsabilidad: debo saber que ha cedido una parte de sus poderes a la autoridad naval, etc. Sin embargo… Sin embargo, piensa, sí, está casi seguro que he sido acompañado, o precedido, por un informe de la policía de Marsella que me presenta como un agitador peligroso. Es, cree, el teniente Castain quien le informó, va a telefonearlo de inmediato para estar seguro. Escucha de buena gana mi protesta —encontrándome, dice, personalmente muy simpático— pero considera su deber informarme de otra objeción: ¿soy escritor, periodista (esta última palabra subrayada por una expresión de alarma muy particular)? —No, realmente no soy en absoluto periodista, escribo —insisto, sintiendo a partir de allí mi causa ganada— libros de interés estrictamente poético y psicológico.

La tarde siguiente, el comandante del campo me transmite la autorización para residir libremente en la ciudad con los míos, con la obligación de presentarnos el día siguiente ante el capitán de gendarmería.

Este —es también una de las figuras más duras y más turbias del barco— nos prepara una recepción bastante embarazosa. La grosería profunda de sus palabras rivaliza en él con una ingenuidad de mando aún más difícil de soportar. Es necesario

todo el atractivo de la libertad reconquistada para tolerar, aunque sea por algunos minutos, lo que las maneras de un ser así tienen de ultrajante. «Entonces me va a dar el nombre de su hotel, pero tenga cuidado. Poeta surrealista, hiperrealista, ninguna necesidad de eso en Martinica. Recuerde que no tiene a nadie para ver aquí. Evite sobre todo a los elementos de color. Son niños grandes. Lo que pueda decirles, lo comprenderán todo al revés. Puede hacer todos los libracos que quiera una vez que se haya ido».

Extraña policía en verdad, todavía francesa si creyéramos en su uniforme, pero tan imperfecta que era fácil imaginarse a la policía alemana. El tamaño de hombros, el andar, la palabra tajante, esos sobrentendidos subrayados por una risa forzada, nos hacen pensar que esos señores están allí desde hace poco tiempo —tan poco tiempo que los indígenas se burlan de su celo: «Felizmente, dicen, disponemos de

tres poderosos aliados: las mujeres, el pernod, los mosquitos. De aquí a tres meses estarán calmados».

Existe entre esos hombres y esta tierra una incompatibilidad de estructura que impone al más alto grado ese sentimiento de «cuerpo extraño». El régimen de Vichy no parece ser capaz de contar con auxiliares de temple. No se puede olvidar que la posición geográfica de la isla y el hecho de encontrarse todavía en ella la mayor parte del oro francés que allí fue transportado la convierten en uno de los puntos neurálgicos del mundo en el curso de esta guerra. En la compleja situación creada por el armisticio, semejantes comportamientos permiten autorizar todas las dudas.

A la vista de las costas de Martinica, los camareros del Carimare, *el vapor que partió de Marsella pocos días después del* Paul-Lemerle, *han tenido la maligna coquetería de darse a conocer ante los pasajeros, descubriendo sus credenciales, como agentes de la policía secreta alemana. Un acto tan vano no puede pasar sino como la prolongación maquinal, rutinaria, indiferente, de esa política sistemática de asco y desmoralización con la cual han logrado hacer el arma más terrible de esta guerra.*

Esta misma mañana, en un pequeño bar donde nos complacemos en ver funcionar la máquina de exprimir jugo de caña, entra una pareja de jóvenes que hemos conocido con agrado en el barco. Nos presentan a dos mulatos de una veintena de años: «El Sr. Blanchard, el Sr. de Lamartinière». Éstos manifiestan el placer de conocernos y se muestran extremadamente corteses. Se ofrecen a facilitarnos algunas compras, a guiarnos dondequiera que vayamos, a revelarnos las bellezas y las curiosidades de la isla; no tienen nada mejor que hacer y es una alegría para ellos ponerse a nuestra disposición. Muy correctos, alegres —a primera vista me impresionan como estudiantes, sin duda del género poco estudioso—, no les cuesta mucho hacernos aceptar su compañía. No es, lo constato muy rápido, mi personalidad literaria lo que ha podido atraerlos, su interés no viene de ese lado. No experimento la necesidad de ahondar el problema, habiendo oído decir que aquí el sentido de la hospitalidad y el gusto por complacer son llevados muy lejos. Por la tarde, al acompañarnos de regreso en auto desde la casa de uno de sus amigos, cuya invitación no pudimos declinar, el llamado Lamartinière tiende a fortalecer esa opinión dando a menudo de tal o cual de sus movimientos una interpretación impersonal bastante desagradable: «Al martiniqués le gusta ser servicial… el martiniqués procurará siempre que ustedes estén contentos».

El día siguiente y los sucesivos vienen a vernos a toda hora. No dejan de ser exigentes y, llegado el caso, se vuelven bastante susceptibles. Es así que mi mujer, habiendo aceptado dejarse llevar a un baile, ve con sorpresa que reivindican el privilegio exclusivo de hacerla bailar y declinan de parte suya toda otra invitación sin que pueda mediar excusa alguna.

Los mismos Blanchard y Lamartinière participaron de nuestra primera excursión a Saint-Pierre y el norte de la isla, durante la cual en todo momento dieron muestra de buen humor y no tuvieron otro error que agotar su demasiado extenso repertorio de cantos criollos. Al día siguiente de ese paseo, a mi pedido, me prestaron los dos tomos de una Historia económica de Martinica *y un atlas infantil del que había oído hablar*.

Sin duda es una suerte que nos hayamos dejado imponer así su presencia y que no hayamos reaccionado más vivamente cuando ella se volvía por demás intolerable. Al poco tiempo nos enteramos, en efecto, que uno de ellos, cansado aparentemente de tener que engañar, no ocultó más el pertenecer a la policía secreta. El otro, un poco cuestionado por sus largos vagabundeos a pleno sol, fue forzado a reconocer que participaba en la vigilancia de las calles. Dos parejas de cineastas alemanes, llegados en el Paul-Lemerle, *que habían obtenido la residencia en Fort de France, se vieron intimados a regresar al campo de Balata, por el único pretexto de que los habían visto bailar. La verdad es que las dos jóvenes mujeres, escoltadas en ese mismo baile al aire libre por Lamartinière y Blanchard, habían creído poder infringir su prohibición de bailar con un amigo que las acompañaba. Se empeñaron en ir ellos mismos a notificarles su sanción.*

Para terminar con ellos, debo solamente anticipar algunas semanas y pasar a los días que preceden inmediatamente a nuestra partida. Hemos cambiado de hotel y advierto la desaparición de las obras que me habían prestado. Se los informo y, aunque declaran no darle ninguna importancia, obligo a Blanchard a venir conmigo para reclamarlas al anciano propietario. La puerta del cuarto estaba cerrada: él regresará oportunamente y no tiene —se lo concedo— ninguna necesidad de mí para hacerse abrir el cajón donde yo había colocado los libros.

Ellos de nuevo al embarcar. ¿Es de su parte inconsciencia, inconsecuencia? Tienen un aire de apenados por vernos partir. Efusiones molestas, que confunden: «Sobre todo escríbanos», etc. Sus señas de despedida nos persiguen en la lancha. Pero apenas hemos subido a bordo del Presidente Trujillo *me encuentro cara a cara con otro policía de civil llamado Gilbert que ellos mismos nos habían señalado los primeros días y que, por ciertos indicios, se nos revela después como su jefe. Me ordena reunir mi equipaje, abrir las valijas. Sin haber comenzado a verificar su contenido: «Le voy a decir de inmediato lo que busco. Busco libracos que dos jóvenes martiniqueses le acusan de haberles robado. ¿Dónde están?». Intento hacerle notar lo que habría de absolutamente desatinado en semejante hurto: se trata de obras sin ningún valor, no me expondría a perder mi barco por quedármelos. Ese argumento, que yo he querido de orden puramente práctico, se muestra muy eficaz. Ya se apronta a retirarse: «Diré que no he encontrado nada. Para mí usted ya no está aquí. Lo que se quería impedir, sobre todo, es que usted diera conferencias en*

Martinica».

¿Conferencias? No veo por qué debo creer a este policía que viene a proporcionarme, a último momento, esta explicación que no le pido. Sus palabras me persuaden todavía más que la razón de esas vejaciones, de esos tormentos, hay que buscarla por otro lado.

Entre los esbirros de la gendarmería y los galantes inspectores martiniqueses deben ubicarse todavía, si me permiten, dos individuos siempre asociados, del tipo de las caricaturas tradicionales —bigote y borceguíes—, grandes aficionados a los bancos ubicados a lo largo de la Sabana. Tomaban sus comidas en la mesa cercana a la nuestra, el más próximo —que era también nuestro vecino de cuarto— se daba vuelta para escuchar mejor cuando invitábamos a alguien.

*

Esas precauciones insólitas, que requieren el despliegue de un equipo tan abigarrado alrededor de un escritor francés de paso por Martinica, testifican por sí mismas la mala conciencia de la administración de la isla y permiten levantar sospechas. Por cierto es fácil percibir ante los primeros contactos con los elementos más conscientes de Fort de France, en particular con todos los que ejercen profesiones liberales, que el gobierno de Vichy no goza aquí de ningún prestigio, que su programa de pretendida regeneración no encuentra ningún crédito. Las emisiones de «Radio Martinica» subestiman en extremo el discernimiento, cuando no el simple buen sentido de sus oyentes. Las consignas de la propaganda oficial se expresan allí bajo una forma simplista que limita con la incongruencia: «Franceses, en el curso de la historia han asistido a un milagro, el milagro Juana de Arco. Hoy les es dado asistir a un segundo milagro: el milagro Pétain». De igual modo los diarios locales, increíblemente vacíos de noticias válidas, imprimen cada día, con destino a sus lectores negros y en lenguaje francés rudimentario, el elogio irrisorio de las últimas medidas tomadas por «li bon papá Pétain». Pero el retrato del mariscal, que el innumerable afiche de la «Revolución nacional» reproduce sobre las paredes, es constantemente roto. Por cierto, no hay necesidad de una encuesta sistemática para convencerse que las capas más amplias de la población trabajadora de la isla no tienen otra esperanza que la victoria inglesa. Para que esta esperanza perdiera el aspecto manifiesto que tenía, parece que a comienzos del año se requirió nada menos que el recurso a una represión rigurosa: se habla de trescientas detenciones operadas en un solo día. Pero no es esa la llaga más profunda que se busca ocultar a los ojos del observador; no hay que olvidar que navíos ingleses y norteamericanos cruzan bien visibles a lo largo de las costas, manteniendo a los martiniqueses en la mayor incertidumbre en cuanto al mañana y creando una atmósfera de pasión. Bajo

estas circunstancias la prudencia más justificada indica que no debería privar de manifestarse al sentimiento popular: no ha cesado de acercarse muy profundamente al general de Gaulle.

*

Lo que se trata de sustraer a toda clase de curiosidad indiscreta, como he podido convencerme, es de otro orden y concierne a la estructura interna de la isla, considerada desde el punto de vista económico y social. Todos los europeos de paso, de quienes pude recoger sus impresiones, fueron golpeados por la miseria y la vetustez que ofrecen ciertos aspectos inmediatos de Martinica. Fort de France, por sí sola, sería característica a este respecto. Recordando que esta ciudad fue promovida al rango de capital sólo después de la destrucción de Saint-Pierre por la erupción de 1902, es imposible no conmoverse frente a los escasos adelantos modernos con que ha sido beneficiada. Un rápido paseo a través de las tiendas contribuye a acentuar esa depresión. No es sino un mismo bazar, en varios cientos de copias, despachando hasta perderse de vista la misma pacotilla: ninguna industria local, ningún comercio de lujo, por ejemplo. Las dos o tres librerías, en esta primavera de 1941, sólo tienen en sus estantes una veintena de libros fatigados, locamente dispares, pero igualmente ilegibles. El ron, a cinco o seis francos el litro, aleja felizmente con sus vapores las consideraciones amargas a las cuales podría ser llevada a librarse la parte más desheredada de la población. La explotación agrícola del país, prácticamente reducida al cultivo de caña de azúcar y que deja inmensos espacios yermos, no está en condiciones de ofrecer una idea muy reconfortante de la colonización tal como se viene practicando aquí desde hace tres siglos. La verdad es que todo acusa una gestión deplorable, de un fracaso tan anormalmente completo que uno arde por informarse sobre la forma en que se ejerce. Es a partir de allí que el enigma de la isla tiende a elucidarse en la luz turbia de tiempos que se creían para siempre superados.

*

Pregunten, limítense a sondear al respecto a un indígena: su mirada se dirigirá inevitablemente hacia el alto barrio aristocrático bien parapetado del resto de la ciudad y conocido bajo el nombre de «barrio Didier». No tendrán que abrumarlo con interrogantes para que les designe por su nombre a quien encarna a sus ojos el espíritu mismo de esa colonización y que tiene más o menos la vida de la isla en sus manos. Ese hombre se llama Aubéry. Es ahora un anciano, pero lo que se da a entender de su comportamiento pasado tiende a definirlo como un personaje

balzaciano de los más acabados. Dueño de la más importante productora de ron de la isla, el sentido común ve en él la expresión suprema del sistema feudal anacrónicamente vigente en Martinica: toda la propiedad de las plantaciones, de las fábricas y del comercio en manos de algunas familias establecidas allí desde la conquista, componiendo de hecho una verdadera dinastía y velando celosamente por el mantenimiento de sus prerrogativas, de sus privilegios (la costumbre establece que los matrimonios sólo unan entre ellas a esas familias todopoderosas). Las jóvenes y las jovencitas de ese origen, que destacan de lejos, en la cintura y en los hombros, sus cintas de colores vivos, son aguardadas por autos a la salida del convento. Se complacen esperando que en un más allá bien vigilado y sin duda sólo reservado para esas almas, su tocado impecable y desdeñoso pueda redimir la menor austeridad de sus padres, ya que aquí y allá se muestran los ciento veinticinco hijos naturales del industrial del lugar, que evolucionan bajo la autoridad orgullosa de la esposa legítima de ese gran señor. Que sea o no parte del mito, no se está lejos de que Aubéry pase por el gran orquestador de uno de esos espectáculos truculentos a la moda de antaño donde algunos personajes agradablemente abanicados, provistos de un látigo visible o no, espían la espantosa lasitud de los negros siempre esclavos que, por un salario de siete francos en 1941, continúan sin esperanza cortando y atando las cañas, sobre un fondo de naturaleza pródiga. (Hubo hombres, como antaño el padre de Robert Browning, capaces de sostener el honor de declinar una herencia de ese tipo). Ese rol que se atribuye a Aubéry es debido a su fortuna, a sus lazos de parentesco o alianza en su descendencia con los otros dignatarios del clan, no menos que a sus resonantes altercados con la justicia, altercados que consagran, en efecto, un «carácter». El rumor general indica que hay reglas muy precisas que regulan las condiciones de estadía en Fort de France para cualquiera que se suponga dotado de conciencia y que disponga de algún medio de exteriorización. Salvo contraindicación precisa que implica el recurso a otros procedimientos, todo escritor que desembarca aquí, me dicen, en tiempos menos agitados, es objeto de una apremiante invitación al «Didier». Recibido con grandes halagos, es colmado de atenciones y de miramientos. En el curso de una cena donde corren los grandes vinos, se ingenian para hacerlo hablar, a fin de sopesar el peligro exacto que representa. Si al término del examen así practicado por especialistas, el peligro permanece positivo, muy fríamente se estima el precio con el que podría ser conjurado: un cheque de cinco, diez o veinte mil francos extendido a la orden del sospechoso y susceptible, al menos teóricamente, de colaborar con tal obra en la que él está interesado, bastará para convencerlo o al menos obtener su silencio. En el caso relativamente excepcional de que la personalidad del visitante consagre al fracaso esa maniobra, sólo queda paralizarlo, ya sea en sus movimientos, ya sea en su voluntad de testimonio. Actualmente los procedimientos de internación y de

vigilancia proveen a tal fin de una manera satisfactoria. Antes de la guerra no se vacilaba en agotar hasta el extremo los medios de intimidación.

*

La crónica local es muy instructiva en la materia y presta al menos alguna verosimilitud a la opinión que voluntariamente se expresa aquí: quienquiera que se asome sobre la gran miseria de Martinica y manifieste la intención de remontarse a sus causas será advertido de que se juega la vida. En el período de crisis y de confusión que atraviesa Francia, es fácil suponer que esa forma de obstrucción interesada no conozca límites. Si, como es de esperar, el derecho *—ya no un derecho viejo de un siglo y medio que para algunos se ha vuelto un juego de manipular y transgredir, sino el derecho exigente, el único, aquel que presidía las Actas de la Convención de 1793— si ese derecho alcanza a regir nuevamente el comportamiento de los hombres, Martinica, víctima de su largo aislamiento, podrá presentar sobre todo una cantidad imponente de hechos escandalosos que exigen reparación. Sé que se está reuniendo sobre este tema una documentación minuciosa y comprobada, cuyo empleo justificaría las dimensiones de un libro: debo limitarme, en el marco de esta breve comunicación, a ocuparme de algunos titulares de capítulos destinados a definir un clima mental y moral, mientras reservo los desarrollos de la información que podrán ser utilizados, a su debido tiempo, para aclarar los bajos fondos de la política interior de la Tercera República.*

*

Cómo se practican las elecciones en Martinica desde tiempo inmemorial: urna de doble fondo llamada «mamá-cerdo» y corrector (los resultados de las elecciones que deben tener lugar el domingo son comunicados a los alcaldes desde el martes precedente).

*

Los hermanos Georges y Emmanuel (Mano) de Lacoste, uno abogado, el otro hombre de negocios. —Ya su padre, procurador, por sus continuos procesos judiciales había comenzado a hacer reinar el terror en la isla (duelos en la selva, golpes, ataques con bastón espada). Se cuenta que a los «buenos días» sólo respondía: «Transigid»—. Durante una única jornada en el Tribunal correccional fueron convocados veinticinco procesos con un Lacoste como demandante (sin contar los «Lacoste contra Lacoste»).

Los Lacoste han gravitado constantemente alrededor de Aubéry. —Tanto en lo que les concierne a unos como al otro, no me considero obligado a la discreción ya que todos los casos que menciono a continuación, donde sus nombres se reiteran, han sido litigados públicamente.

*

En un proceso incoado por el fisco contra Aubéry, la Corte de Fort de France ha fallado a favor del acusado, quien por intermedio de Mano de Lacoste obtiene de Lémery —hijo natural de un colono de la isla a quien hizo elegir senador— que el fisco no recurra en casación contra ese fallo.

Se lo acusa de haber «comprado», a tal fin, a un magistrado de la Corte de Apelación. Pero Mano de Lacoste, que ha sido el instrumento de la corrupción, se libra a un acto paradojal, asombroso: publica en folleto los facsímiles de las cartas intercambiadas y del cheque remitido al magistrado. En la Audiencia de lo criminal, Aubéry es apartado de la causa. Poco después, Lémery es promovido a Ministro de Justicia.

*

Entre otras operaciones más o menos fraudulentas, Aubéry intenta comprar en forma negociada títulos heredados por menores de edad. Con ese fin su abogado Georges de Lacoste, de vacaciones en Martinica, brinda una consulta especial de jurisprudencia —contra una suma que el rumor público fija en doscientos setenta mil francos— permitiendo al tribunal aprobar la transacción deseada por Aubéry, al margen de las precauciones requeridas por la ley en caso semejante. Hecho esto, Georges de Lacoste regresa a Francia donde está casado. Su mujer muere súbitamente. Toma como secretaria a la mayor de los menores a quienes ha hecho vender sus títulos. Su intimidad se revela cuando se casa con ella después de haberla defendido en su divorcio. En tanto que marido él denuncia entonces como nula la consulta que ha brindado en calidad de jurisconsulto y que tuvo por efecto enriquecer a Aubéry con algunos millones. A continuación de esos incidentes se sabe que abandona el Colegio de abogados de París, sin mayor seguridad de que se haya tratado de una decisión espontánea por su parte.

*

Alicker, en un diario comunista que dirige, publica una serie de revelaciones. Desaparece el 11 de enero de 1934 y se retira del agua su cadáver, las manos atadas

detrás de la espalda. Los presuntos asesinos, Darcy-Moffat y su chofer Melon, son absueltos el 22 de enero de 1936 por la Audiencia en lo criminal de la Gironde. Al día siguiente del crimen, de Lavigne, yerno de Aubéry, deja Martinica hacia París donde los magistrados instructores se declaran en la imposibilidad de descubrir su domicilio. —Considerando a Aubéry responsable del crimen, el hermano de Alicker[37] *le descarga varios disparos de revólver. Este segundo caso es juzgado en la Audiencia en lo criminal de Martinica, donde Aubéry es defendido por Jean-Charles Legrand, fascista notorio, desde entonces expulsado públicamente del Colegio de París. Si bien en el curso de las audiencias Legrand declara haber sido víctima de un atentado y muestra las marcas demasiado próximas de cinco balas en la capota de su automóvil, la gran efervescencia de la opinión pública impone un veredicto de absolución.*

*

Una vez más, esos sucesos más o menos destacados no podrían agotar el interés por el drama de la colonización en Martinica. Pero al menos dan una idea de lo que allí hoy puede tramarse en una atmósfera todavía ensombrecida por la traición y el espionaje. No creo tener que buscar más lejos las razones de la acogida singular que he encontrado en Fort de France. Sólo me he propuesto aquí dar un adelanto de esa intriga fascinante que sería fácil volver a animar. Una vez admitido el escenario,

quedaría por situar su desarrollo en la luz única de Martinica, en sus selvas profundas y olvidadizas. Pero lo que es dañado y desafiado por semejantes conductas es demasiado importante para que yo me atreva a mezclar allí la poesía imprescriptible de la isla, y dar motivos a aquellos que intentan desfigurar aunque sólo fuera la sombra del perfume de esas selvas.

Publicado en Pour la Victoire,
Nueva York, 7 y 14 de febrero 1942.

Un gran poeta negro

Abril de 1941. Un esqueleto de navío, anclado por madréporas al suelo de la playa y visitado por las olas, bloquea la vista —al menos los niños más pequeños no habían soñado con nada mejor para retozar a lo largo del día—. Por su misma fijeza no daba respiro a la exasperación causada por no poder desplazarse sino a pasos contados en el intervalo entre dos bayonetas: el campo de concentración del Lazareto, en la bahía de Fort de France. Liberado al cabo de algunos días, con qué avidez me había arrojado a las calles, en busca de todo lo que ellas podían ofrecerme de nunca percibido, el deslumbramiento de los mercados, los colibríes en las voces, las mujeres que Paul Éluard me había dicho, al regreso de un viaje alrededor del mundo, eran más bellas que en ninguna otra parte. Pronto sin embargo otra ruina se perfila, amenaza ocupar de nuevo todo el campo: la ciudad misma no contenía nada, parecía desprovista de sus órganos esenciales. El comercio, todo en vitrinas, adquiría un carácter teórico, inquietante. El movimiento era un poco más lento de lo que hubiera sido necesario, el ruido demasiado claro como a través de cosas encalladas. En el aire el zumbido continuo, lejano, de una señal de alarma.

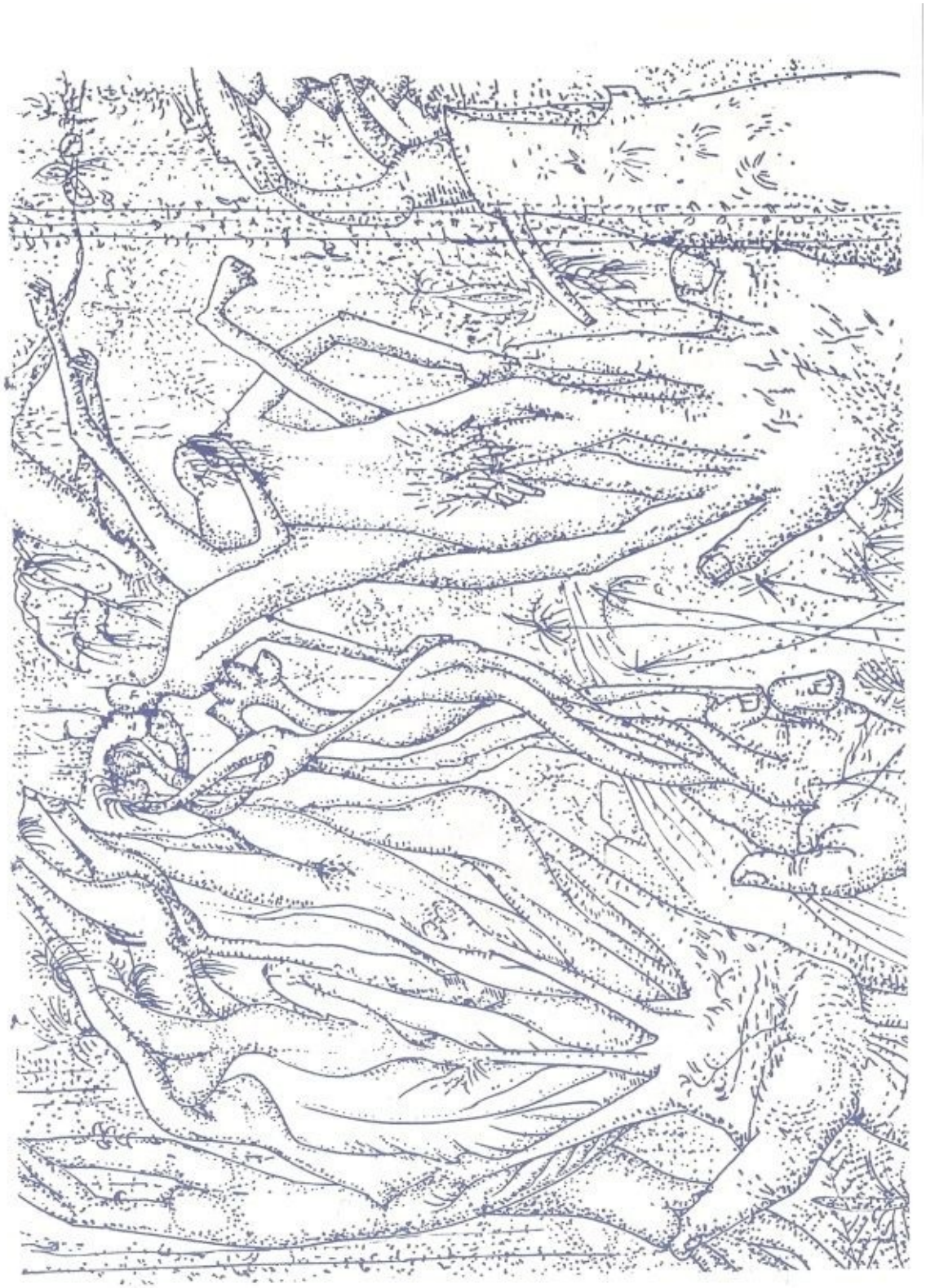
Fue en esas circunstancias, por el azar de la compra de una cinta para mi hija, que me ocurrió hojear una publicación exhibida en la mercería donde esa cinta era ofrecida. Bajo una presentación muy modesta, era el primer número de una revista llamada Tropiques, *que acababa de aparecer en Fort de France. Está de más decir que, sabiendo lo lejos que se había llegado el último año en el envilecimiento de las ideas y habiendo experimentado la ausencia de todo miramiento que caracterizaba la actuación policial en Martinica, abordé ese ejemplar con extrema prevención… ¡No daba crédito a mis ojos: pero lo que allí estaba dicho, era lo que debía decirse, y no sólo lo mejor sino lo más alto que era posible decirse! Todas esas sombras gesticulantes se desgarraban, se dispersaban; todas esas mentiras, todas esas burlas caían hechas jirones: entonces la voz del hombre no había sido quebrada, tapada, después de todo; se erguía aquí como la espiga misma de la luz.* Aimé Césaire, *era el nombre de aquel que hablaba.*

No pude evitar haber sentido de entrada cierto orgullo: lo que allí se expresaba no me era en absoluto extraño, los nombres de poetas y de autores citados, por sí solos, hubieran sido para mí seguros garantes, pero sobre todo era el acento de esas páginas lo que no engañaba, que certificaba que un hombre estaba comprometido por entero en la aventura y que al mismo tiempo disponía de todos los medios capaces de fundar, no solamente sobre el plano estético, sino también sobre el plano moral y social, ¿qué digo?, de volver necesaria e inevitable su intervención. Los textos que acompañaban el suyo me revelaban seres sensiblemente orientados como él, cuyo pensamiento se corporizaba bien con el suyo. En pleno contraste con lo que se había publicado en Francia durante los meses precedentes, y que llevaba la marca del masoquismo cuando no la del servilismo, Tropiques *continuaba surcando la vía*

regia. «Somos, proclamaba Césaire, de los que dicen no a la sombra».

Esa tierra que él mostraba y que ayudaban a reconocer sus amigos, pero sí, era también mi tierra, era nuestra *tierra, que yo erróneamente había temido ver oscurecer. Y se la sentía sublevada, y antes aún de tomar más amplio conocimiento de su mensaje, cómo decir, uno se daba cuenta que, de la más simple a la más rara, todas las palabras que habían pasado por su lengua estaban desnudas. De allí, esa culminación en lo concreto, esa permanente calidad* mayor *del tono que permiten distinguir tan fácilmente los grandes poetas de los pequeños. Lo que yo aprendí ese día es que el instrumento verbal no había sido ni siquiera desafinado en la tormenta. Era necesario que el mundo no estuviera en peligro de naufragio: recuperaría la conciencia*.

Por una de esas posibilidades accesorias que resaltan las horas afortunadas, la mercera martiniquesa no tardó en darse a conocer como la hermana de René Ménil, el principal animador de Tropiques *junto con Césaire. Su mediación debía reducir al mínimo el encauzamiento de algunas palabras que borroneé precipitadamente sobre su mostrador. Y en efecto, menos de una hora más tarde, luego de buscarme por las calles, ella me indica una cita de parte de su hermano. Ménil: la gran cultura en lo que ella tiene de menos ostentoso, la mesura impecable, pero aún así también el nervio y todas las ondas del estremecimiento.*



Y el día siguiente, Césaire. Puedo recordar mi primera reacción totalmente elemental al descubrirlo de un negro tan puro, algo que su sonrisa me había ocultado a primera vista. Ya lo sé por él, lo veo y todo me lo va a confirmar enseguida, es la cuba humana llevada a su punto de mayor ebullición, donde los conocimientos del orden más elevado interfieren con los dones mágicos. Para mí su aparición bajo su propio aspecto, y no voy a decir sólo ese día, toma el valor de un signo de los

tiempos. *Así, desafiando por sí solo una época en la que se cree asistir a la abdicación general del espíritu, donde nada parece ya crearse sino bajo el designio de perfeccionar el triunfo de la muerte, donde el arte mismo amenaza fijarse en antiguas ideas, el primer soplo nuevo, revivificante, apto para devolver toda confianza es el aporte de un negro. Y es un negro que maneja la lengua francesa como un blanco hoy no puede manejarla. Y es un negro el que nos guía hoy en lo inexplorado, estableciendo a medida que lo hace, como jugando, los contactos que nos hacen avanzar sobre chispas. Y es un negro que no es solamente un negro sino* todo *el hombre, quien expresa todos los interrogantes, todas las angustias, todas las esperanzas y todos los éxtasis, y quien se me impondrá cada vez más como el prototipo de la dignidad.*

Nuestros encuentros, al atardecer, en un bar que la luz exterior hacía de un solo cristal, a la salida de los cursos que él daba en el liceo y que entonces tenían por tema la obra de Rimbaud; las reuniones en la terraza de su casa, encantadas por la presencia de Suzanne Césaire, bella como la llama del ponche; pero más aún la excursión a lo más profundo de la isla: siempre nos volveré a ver desde muy alto, inclinados hasta perdernos sobre el abismo de Absalón, como sobre la precisa materialización del crisol donde se elaboran las imágenes poéticas hasta que tienen la fuerza suficiente para sacudir los mundos, sin otra referencia en el remolino de una vegetación furiosa que la gran flor enigmática del balicero con su triple corazón palpitante en el extremo de una lanza. Fue allí, bajo los auspicios de esa flor, que la misión asignada en nuestros días al hombre me fue revelada bajo su forma imprescriptible: la de romper violentamente con los modos de pensar y de sentir que lo han llevado a una existencia insoportable. De una vez por todas confirmé la idea de que nada será hecho mientras ciertos tabúes no hayan sido levantados, mientras no lleguemos a eliminar de la sangre humana las mortales toxinas que mantienen la creencia —por cierto cada vez más indolente— en un más allá, mientras no terminemos con el espíritu de cuerpo absurdamente aferrado a las naciones y a las razas y con la abyección suprema que se llama el poder del dinero. Nada puede cambiar la certeza de que, desde hace un siglo, ha sido atribución de los poetas agrietar esa armadura que nos ahoga y es significativo observar que la posteridad sólo tiende a consagrar a aquellos que han ido más lejos en esta tarea.

Esa tarde, frente a la fastuosa apertura de todas las esclusas de verdor, experimenté la recompensa de sentirme en estrecha comunión con uno de ellos, de saberlo entre todos un ser de voluntad y de no distinguir, en esencia, su voluntad de la mía[38].

Se sostiene también, con apoyo de pruebas, como un ser de plena realización. Algunos días más tarde me obsequia su Cuaderno del retorno al país natal[39]*, en pequeña tirada aparte de una revista de París, donde el poema hubo de pasar*

desapercibido en 1939, y ese poema era nada menos que el mayor monumento lírico de la época. Me traía la más rica de las certidumbres, la que nunca se puede esperar de uno mismo: su autor había apostado por todo lo que yo siempre había creído justo e, incontestablemente, había ganado. La apuesta, teniendo bien en cuenta el genio propio de Césaire, era nuestra concepción común de la vida.

Y ante todo se reconocerá ese movimiento de suprema abundancia, esa exuberancia en el brote y en el ramo, esa facultad de alertar sin cesar de arriba abajo el mundo emocional hasta darlo vuelta que caracterizan a la poesía auténtica por oposición a la falsa poesía, a la poesía simulada, de especie venenosa, que prolifera constantemente alrededor de ella. Cantar o no cantar, *he ahí la cuestión y no habrá salvación en la poesía para quien no* cante, *aunque haya que pedirle al poeta mucho* más *que cantar. Y no tengo necesidad de decir que, de parte de quien no canta, recurrir a la rima, al metro fijo y otra pacotilla sólo serviría para engañar a las orejas de Midas. Aimé Césaire es ante todo aquel que canta.*

Superada esa primera condición, absolutamente necesaria y no suficiente, la poesía digna de ese nombre se valora por el grado de abstención, de rechazo *que ella supone. Ese lado negador debe ser considerado como parte fundamental de su naturaleza: a la poesía le repugna dejar pasar todo lo que puede ser ya visto, oído, convenido, a servirse de lo que ha servido, a menos que sea desviándolo de su uso previo. Césaire es a este respecto de los más* exigentes *y eso no sólo porque es la probidad misma, sino también porque su saber es más extenso, a la vez que es de los mejor y más ampliamente informados.*

Finalmente —y aquí, para cortar rápido con todo equívoco relativo a si, por excepción, Cuaderno del retorno *es un poema «con tema», sino «de tesis», señalo que no me refiero a aquellos, de otro orden, que lo han seguido—, la poesía de Césaire, como toda gran poesía y todo gran arte, alcanza el más alto grado por el poder de transmutación que pone en movimiento, a partir de los materiales más desacreditados entre los cuales hay que contar las propias fealdades y servidumbres, y que logra el verdadero objetivo de la piedra filosofal, que hoy bien sabemos ya no es el oro sino la libertad*[e].

El don del canto, la capacidad de rechazo, el poder de trasmutación especial que acaba de tratarse, sería demasiado vano querer reducirlos a unos pocos secretos técnicos. Todo lo que válidamente se puede pensar es que las tres cualidades admiten un común denominador más grande que es la excepcional intensidad de la emoción frente al espectáculo de la vida (incluyendo el impulso a actuar sobre ella para cambiarla), y que permanece irreductible hasta nueva orden. A lo sumo, la crítica está autorizada a dar cuenta de las mayores contrariedades que pudo haber tenido la formación de la personalidad en juego y a sacar a la luz las circunstancias notables de esa formación. En lo que concierne a Aimé Césaire hay que reconocer que por

una vez *se saldrá de allí a todo tren sin ninguna posibilidad de indiferencia*.

Cuaderno del retorno al país natal *es en ese sentido un documento único, irreemplazable. Por sí solo el título totalmente velado del poema tiende a ubicarnos en el corazón del conflicto que debe ser el más sensible para su autor, del conflicto que para él es de importancia vital superar. En efecto, ese poema lo escribe en París cuando acaba de terminar la Escuela normal superior y se apresta a regresar a Martinica. El país natal, sí, ¿cómo resistir en particular al llamado de esta isla, cómo no sucumbir a sus cielos, a su ondulación de sirena, a su hablar de pura zalamería*?

Pero pronto la sombra gana: no hay más que ponerse en el lugar de Césaire para comprender a qué asaltos puede estar expuesta esa nostalgia. Detrás de ese ramaje está la miseria del pueblo colonial, su explotación desvergonzada por un puñado de parásitos que desafían hasta las leyes del país que invocan y no experimentan ninguna turbación en ser su deshonra, está la resignación de ese pueblo que geográficamente tiene contra sí ser de tarde en tarde una siembra sobre el mar. Detrás de ello aún, a pocas generaciones de distancia, está la esclavitud y aquí la herida se reabre, se reabre con toda la grandeza del Africa perdida[f]*, del recuerdo ancestral de los abominables tratos sufridos, de la conciencia de una negación de justicia monstruosa y para siempre irreparable de la que fue víctima una colectividad entera. Una colectividad a la cual pertenece en cuerpo y alma aquel que va a partir, rico de todo lo que los blancos pudieron enseñarle y en ese instante tanto más desgarrado.*

Es normal que en el Cuaderno *la reivindicación confronte con la amargura, a veces con la desesperación, y también que el autor se exponga a los más dramáticos retornos sobre sí mismo. No estaría de más señalar que esa reivindicación es la más fundada del mundo, de manera que en relación con la ley y el derecho el blanco debería tener mayor empeño en ver la salida. Pero estamos lejos de esta meta, aunque se comience tímidamente a ponerla a la orden del día: «En las antiguas colonias, que deberán ser sometidas a un nuevo régimen y cuya evolución hacia la libertad se volverá un tema internacional, la democracia deberá poner un punto final, no solamente a la explotación de los pueblos de color, sino al "racismo" social y político del hombre blanco*[g]*». Se espera con la misma impaciencia, fuera de esas colonias, el día en que la gran masa de los hombres de color cese de ser tenida a una distancia ultrajante y confinada a empleos por lo menos subalternos. Si esa actitud fuera frustrada por los reglamentos internacionales que entrarán en vigor a la salida de la guerra actual, sería forzoso alinearse definitivamente, con todas las implicaciones que eso comporte, en el criterio de que la emancipación de los pueblos de color sólo puede ser obra de esos pueblos mismos.*

Pero sería imperdonable querer reducir el alcance de la intervención de Césaire, por profundo que parezca, a ese costado inmediato de su reivindicación. Lo que a mis ojos torna a esta última invalorable, es que en todo instante trasciende la angustia que, para un negro, se une a la suerte de los negros en la sociedad moderna, y que se hace sólo una con la angustia de todos los poetas, de todos los artistas, de todos los pensadores calificados, pero con el apoyo del genio verbal también abraza todo lo que puede tener de intolerable así como de infinitamente enmendable la condición que generalmente impone al hombre *esta sociedad. Y aquí se inscribe en caracteres mayúsculos lo que el surrealismo siempre configuró como el primer punto de su programa: la voluntad irrevocable de dar el golpe de gracia al supuesto «buen sentido», cuya imprudencia lo ha llevado hasta arrogarse el título de «razón», la necesidad imperiosa de terminar con esa disociación mortal del espíritu humano por la cual una de las partes componentes ha conseguido otorgarse toda licencia a expensas de la otra y, por cierto, no puede dejar de exaltar su poder a fuerza de querer frustrar a la otra. Si los negreros han desaparecido físicamente de la escena del mundo, se puede asegurar que en revancha hacen estragos en el espíritu donde su «madera de ébano» son nuestros sueños, es más de la mitad expoliada de nuestra naturaleza, es ese cargamento frustrado que todavía es demasiado bueno enviar a hacinarse al fondo de la bodega. «Porque nosotros os odiamos, a vosotros y a vuestra razón, reclamamos para nosotros la demencia precoz, la locura ardiente, el canibalismo tenaz… Adaptaos a mí. ¡Yo no me adapto a vosotros!». Y de repente esa mirada transfigurada, el plumón azul sobre la brasa, como en la promesa de una redención que ya no sea falaz: acaba de pasar aquel al que Césaire y yo tenemos por el gran profeta de los tiempos por venir, digo Isidore Ducasse, conde de Lautréamont*: «La poesía de Lautréamont, bella como un decreto de expropiación… *Amontona en líricos y pálidos sembrados —como los dedos del peral tropical caen en la gangrena de la noche— las trompetas de muerte de cómica filosofía que elevan a la maravillosa dignidad de un universo jerarquizado, hombre, pies, manos y ombligo —aullido de puños desnudos contra la barrera del cielo… El primero en comprender que la poesía comienza con el exceso, la desmesura, las búsquedas consideradas prohibidas en el gran tam-tam ciego, hasta la incomprensible lluvia de estrellas*[h]*…*».

La palabra de Aimé Césaire, bella como el oxígeno naciente.

Nueva York, 1943.

Antiguamente

calle de la libertad[40]

El gran industrial negro exhibe una servilleta con piel de iguana blanca
En los alegatos de vientos cargados de flores
El ligero catafalco de la criolla
Desmesuradamente elevado de avestruces
Hace agua por todos los reflejos de la Sabana
Poderosas puntas las luciérnagas me han atravesado de lado a lado
La noche tropical conjuga todos los intervalos del campanilleo
Para siempre balanceada de vasos modern style y de perfumes en la marea de lava
Me aseguro de que una lámpara del anciano Saint-Pierre todavía funcione
La vida intermitente es la crepitación de un colibrí verde
Y dame tu murmullo mercado marino
Del mostrador de *Bien bueno bello*
A *Vamos a escondernos mis amigos*
En cumplidos del último siglo
Sobre todo razas presuntas enemigas desacreditadas
Por mi hambre expandan el árbol de mil injertos
Del tocón de aquel que habla solo
Que tuve mucho tiempo para rehabilitar en mí mismo
Aquí las fuentes Wallace[41] aturdidas de lianas toman un aspecto mitológico
Sobre el otro lado simplemente caminando por la belleza la reina pasa
Su cuello de crepúsculo claro de rosas de Senegal
Su mano muy joven juega a lo largo de las rejas del palacio.

Fort de France, mayo 1941

(Tinchebray, Francia, 1896-París, 1966). De origen modesto, comenzó a estudiar medicina desoyendo las presiones familiares (sus padres querían que fuera ingeniero). Movilizado en Nantes, durante la Primera Guerra Mundial, en 1916, conoció a Jacques Vaché, que ejerció sobre él una gran influencia, a pesar de haber escrito únicamente cartas de guerra. Entra en contacto con el mundo del arte, primero a través de Paul Valéry y después del grupo dadaísta en 1916.

Durante la guerra trabajó en hospitales psiquiátricos, donde estudió las obras de Sigmund Freud y sus experimentos con la escritura automática (escritura libre de todo control de la razón y de preocupaciones estéticas o morales), lo que influyó en su formulación de la teoría surrealista. Se convirtió en pionero de los movimientos antirracionalistas conocidos como dadaísmo y surrealismo. En 1920 publicó su primera obra *Los campos magnéticos*, en colaboración con Philippe Soupault, en la que exploraba las posibilidades de la escritura automática. Al año siguiente rompió con Tristan Tzara, el fundador del dadaísmo.

Fundó con Louis Aragon y Philippe Soupault la revista *Littérature*. En 1924 escribió el Manifiesto del surrealismo y a su alrededor se formó un grupo compuesto por Philippe Soupault, Louis Aragon, Paul Éluard, René Crevel, Michel Leiris, Robert Desnos, Benjamin Péret, deseosos de llegar al «Cambiar la vida» de Rimbaud y «Transformar el mundo» de Marx. «El surrealismo se basa en la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociación desdeñadas hasta la aparición del mismo y en el libre ejercicio del pensamiento. Tiende a destruir definitivamente todos

los restantes mecanismos psíquicos y a sustituirlos en la resolución de los principales problemas de la vida». En este manifiesto además se asientan las bases del automatismo psíquico como medio de expresión artística que surge sin la intervención del intelecto.

Muy pronto el movimiento se acerca a la política y en 1927 Aragon, Éluard y Breton se afilian al Partido Comunista. En 1928 publica en París *Le surréalisme et la peinture*. Con la publicación del *Segundo manifiesto surrealista* (1929) llegó la polémica: Breton, líder del movimiento surrealista, concretaba la noción de surrealismo y afirmaba que debía caminar junto a la revolución marxista. Sin embargo en 1935 abandona el partido al confirmar la imposibilidad de conciliar la búsqueda de la libertad absoluta de los surrealistas con el realismo socialista que veía al arte como instrumento de propaganda de sus postulados.

Octavio Paz, que conoció a Breton cuando llegó a París en 1946, cuenta que el fundador del surrealismo tenía dos caras. Por un lado era una persona tremendamente vitalista, honesta y de gran simpatía personal, por el otro muy intransigente; no en vano se ganó el apodo de «papa del surrealismo» por la obcecación con la que defendía los principios del movimiento y castigaba con la expulsión a aquéllos que se desviaban de sus principios morales o artísticos. Entre los expulsados se encuentran Roger Vitrac, Philippe Soupault, Antonin Artaud, Robert Desnos y Salvador Dalí, al que llama «Ávida Dollars» (anagrama de su nombre). Marcel Duchamp le dedica estas palabras: *No he conocido a ningún hombre que tuviera mayor capacidad de amor, mayor poder de amar la grandeza de la vida, y no se entenderían sus odios si no fuera porque con ellos protegía la cualidad misma de su amor por la vida, por lo maravilloso de la vida. Breton amaba igual que late un corazón. Era el amante del amor en un mundo que cree en la prostitución. Ése es su signo.*

La vanguardia española le citó en revistas como *Alfar, Grecia, Hélix, Terramar, Art*, etc. y en 1922, con motivo de la exposición de Francis Picabia en las Galerías Dalmau, estuvo en España. En 1932 escribe *Los vasos comunicantes* y el libro de poesías *La Inmaculada Concepción* junto a Paul Éluard. En 1935 visitó Tenerife para asistir a la Exposición Surrealista organizada por la revista *Gaceta de Arte*, dirigida por Eduardo Westerdahl, lo que supuso un hito en la historia de la creación cultural en Canarias. Sobre esta experiencia escribió el relato *Le château étoilé* (1935).

En 1934 contrajo matrimonio con Jacqueline Lamba, inspiradora de *El amor loco*. Dos años después nace su hija Aube. Su obra más creativa es *Nadja*, en parte autobiográfica. En 1937 inaugura la galería «Gradiva» en la calle de Seine, viaja a México donde conoce a su admirado Trotski y redacta el *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*.

En 1941 se embarca en el Capitaine-Paul-Lemerle hacia Martinica, donde es

internado en un campo. Estuvo en una galera repleta de hombres, mujeres y niños, además iba en un lugar más cómodo del barco Claude Lévi-Strauss, con quien mantuvo una durable amistad por correspondencia en la que discutían sobre estética y originalidad absoluta. Durante la década viajó a Santo Domingo, donde ejerció fuerte influencia en los escritores jóvenes y donde participaba en tertulias de intelectuales en la casa de la pareja de inmigrantes alemanes Erwin Walter Palm e Hilde Domin. Liberado bajo fianza llega a Nueva York para un exilio que durará cinco años y publica los *Prolegómenos a un tercer manifiesto o no*, conocido también como *Tercer manifiesto surrealista*.

Un año después funda en la ciudad estadounidense de Nueva York la revista *VVV*. Es en esa ciudad donde conocerá en 1943 a su nueva esposa, la chilena Elisa Bindhoff Enet. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, vigilado por el gobierno de Vichy, se refugió en América; volvió a París en 1946. En 1956 funda una nueva publicación, *Le Surrealisme Même*, siguiendo hasta su muerte en 1966 animando al grupo surrealista. Poco antes de morir, decía a Luis Buñuel, *hoy nadie se escandaliza, la sociedad ha encontrado maneras de anular el potencial provocador de una obra de arte, adoptando ante ella una actitud de placer consumista*. Murió en la mañana del 28 de septiembre de 1966, en el hospital Lariboisière (París). Fue enterrado en el cementerio de Batignolles, a pocos metros de la tumba de su amigo Benjamin Péret. Su poesía, recopilada en *Poemas* (1948), revela la influencia de los poetas Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Paul Valéry, Guillaume Apollinaire, entre otros.

Notas

[1] Ensayo publicado por Pierre Abraham en la *Nouvelle Revue Française*, Nº 247, abril de 1934, bajo el título *Une figure, deux visages*. El estudio de las asimetrías del rostro humano con ayuda de técnicas fotográficas, le permite al autor configurar rostros que se componen de una sola mitad, es decir, rostros conformados por dos mitades izquierdas o por dos mitades derechas. Como si una mitad se reflejara en espejo para configurar la otra mitad. Diversos artistas y escritores se prestaron a este experimento fotográfico, entre ellos Henri Michaux. Los resultados son sorprendentes. Se obtienen expresiones muy diferentes, no sólo entre el rostro derecho y el izquierdo, sino entre ambos y el rostro original. El autor concluye que la mitad izquierda correspondería a la vida de relación, al ser social; la mitad derecha a la vida interior, la personalidad profunda. <<

[2] Palmera extendida en las Antillas, con una llamativa disposición de hojas en forma de abanico. <<

[3] La sensitiva: llamada también *Mimosa púdica*, planta herbácea con flores de color malva. Sus hojas en forma de helecho, pequeñas y abundantes, se pliegan al más leve roce simulando una planta marchita. También de noche sus hojas se cierran. <<

[4] Balicero: arbusto de la familia de las cañas que presenta propiedades excepcionales en el Caribe; puede superar los tres metros de altura, con hojas de gran tamaño y flores exuberantes de color rojo. Al final de *El diálogo criollo,* es Breton quien menciona a la flor del balicero «*bella como la circulación de la sangre desde lo más bajo a lo más alto de las especies*…» y más adelante, en la pág. 89: «*la gran flor enigmática del balicero con su triple corazón palpitante en el extremo de una lanza*». <<

[5] Flamboyán: también conocido como «árbol de la llama», presenta una espectacular floración de color rojo intenso. <<

[6] Árbol del pan: originario de las islas del Pacífico, hoy es cultivado en todas las áreas tropicales. De tronco alto y copa frondosa, es ampliamente conocido por sus frutos de gran tamaño y ricos en propiedades nutritivas. A fines del siglo XVIII los ingleses organizaron expediciones para trasplantar ejemplares de esta especie desde el Pacífico al Caribe, con el fin de proporcionar alimento a los esclavos de las Antillas. La primera expedición fue la del *Bounty* con destino a Tahití, pero después de permanecer un tiempo en la isla —donde obtienen mil injertos del árbol— y de convivir con las isleñas, los tripulantes organizaron un célebre motín para evitar el regreso y terminaron quemando el barco. <<

[7] *Mancenillier*, en el original. También llamado manzanillo, árbol de la muerte, árbol del veneno. Su nombre en francés deriva del español «manzanillo» por sus frutos como pequeñas manzanas, muy venenosos. El simple contacto con las hojas, el fruto o la savia puede ocasionar una dermatitis severa. En el poema, la destinataria de este árbol, «*la bête casquée*» (la bestia encasquetada), podría ser una variedad de víbora venenosa casi exclusiva de Martinica, la *fer-de-lance* (víbora punta de lanza), aunque para André Masson, camino al exilio, es posible otro destinatario: la bestia con casco del ejército nazi. <<

[8] James Cook (1728-1779): explorador y navegante inglés quien durante once años dirigió tres viajes de exploración alrededor del mundo. Con el capitán Cook se inicia la era de las expediciones en las que se incorporan criterios científicos, siendo acompañado en su navegación por botánicos, astrónomos, naturistas, dibujantes. De allí la importancia del cúmulo de información recogida en sus *Diarios*, que sirve aún hoy como referencia para la historia de los pueblos de Oceanía. Hay edición en castellano: Capitán James Cook, *Los tres viajes alrededor del mundo (Diarios de 1768 a 1780)*, José J. de Olañeta Editor, Barcelona, 1982. <<

[9] Sombras blancas en los Mares del Sur (*White Shadows in the South Seas*): filme norteamericano realizado en 1928 por W. S. Van Dyke y Robert Flaherty, ambientado en las Islas Marquesas de la Polinesia. Los surrealistas admiraban este filme por la denuncia del colonialismo, la belleza de sus imágenes y, sobre todo, por la exaltación del amor loco. Buñuel llegó a considerarla como una de las diez mejores películas del mundo. <<

[10] Cantárida: se trata de un afrodisíaco ya conocido en el siglo XVIII, peligroso en exceso, que el Marqués de Sade proporcionó a las compañeras de algunas de sus aventuras amorosas. <<

[11] Henry Jean-Marie Levet (1874-1906): poeta del decadentismo francés. <<

[12] Primera novela de Herman Melville publicada en 1846, parcialmente autobiográfica, que transcurre en los Mares del Sur. <<

[13] En 1902 una sorpresiva erupción volcánica del monte Pelée destruye la ciudad de Saint-Pierre, antigua capital de Martinica. Todos los habitantes de la ciudad mueren en la tragedia, excepto el único prisionero que se encontraba en la cárcel cumpliendo una condena menor por riña callejera. <<

[14] Personaje de la novela *Justine*, del Marqués de Sade. <<

[15] Museo en Saint-Pierre, creado en 1933 por el vulcanólogo norteamericano Franck Perret, donde se encuentran en exposición piezas rescatadas de la ciudad que fue arrasada por la lava. <<

[16] Émile Gallé (1846-1904): especialista en el trabajo con vidrio y cerámica, y en su decoración. Fue fundador de la *École de Nancy*, grupo de artistas de gran influencia en la difusión del Art Nouveau en Francia. <<

[17] Maurice Barrès (1862-1923): nacionalista francés, escritor, político y publicista, amigo de Gallé, fue un personaje despreciado por los surrealistas. <<

[18] William Beckford (1760-1844): escritor inglés, crítico de arte y coleccionista. Su novela gótica *Vathek* (1786), escrita y publicada originalmente en francés, mereció una entusiasta reivindicación por parte de los surrealistas. <<

[19] Referencia a la psicología de la forma o de la Gestalt, que alcanza su desarrollo en la primera mitad del siglo XX. <<

[20] *Pablo y Virginia*: novela trágica y sentimental del escritor francés Bernardin de Saint-Pierre, publicada en 1787. Obra muy popular de la literatura «exótica» del siglo XVIII, la novela está ambientada en el paisaje tropical de la isla Mauricio y basada en un romance pastoril y fatalista. <<

[21] Martinica está conformada por dos zonas geográficas bien distintas. La zona Norte, húmeda, con mucha vegetación selvática e importante relieve montañoso y volcánico. La zona Sur, con relieves menos importantes, clima más seco y vegetación más escasa, cuenta con abundantes playas de arena blanca. <<

[22] *Épingles tremblantes*: según David Seaman, traductor de la versión en inglés de *Martinica*, el título de esta serie de poemas deriva de una pieza de joyería utilizada por las mujeres de la isla para sujetar un pañuelo a la cabeza. [A. Breton: *Martinique, snake charmer*. Introd. by Franklin Rosemont, University of Texas Press, 2008]. En español, «temblante» es también una especie de ajorca que usaban las mujeres para adornar muñecas, brazos o tobillos. <<

[23] La estatua de la emperatriz Josefina, quien nació precisamente en Martinica, se encuentra hoy ubicada en el parque La Sabana, en el corazón de la ciudad de Fort de France. Lévi-Strauss, que llega a la isla en el mismo barco que Breton, en 1941, escribe en *Tristes trópicos*: «… una larga plaza de palmeras y pasto, semejante a un terreno baldío, en medio de la cual, como olvidada, se veía la estatua enmohecida de Josefina Tascher de la Pagerie (luego Beauharnais)» [Claude Lévi-Strauss: *Tristes Tropiques*, Librairie Plon, Paris, 1955]. <<

[24] *Merveilleuse*: Tras la caída de Robespierre sucede una etapa gobernada por el Directorio, período en el que las clases altas vuelven a mostrarse con toda ostentación. Estos jóvenes acomodados, con simpatías hacia la realeza y desprecio a la revolución, se agrupan en los *Incroyables* y las *Merveilleuses* («las maravillosas»). Se paseaban por las calles de París luciendo vestidos y perfumes costosos, desafiando la austeridad de la época revolucionaria. Una de las referentes de las *merveilleuses* era Josefina de Beauharnais, quien en 1796 se casa con Napoleón y luego sería coronada emperatriz de Francia. El modelo de uno de los vestidos que luce Josefina, ceñido debajo de los senos y luego en caída libre, llega hasta nuestros días con el nombre de «vestido Imperio», al que hace referencia Breton en su poema. <<

[25] Fort Royal: En 1672 los franceses construyen un fuerte en la costa caribeña, en la mayor bahía de la isla, una plaza simple de defender y al amparo de las tormentas. Fue el origen de la ciudad de Fort de France, actual capital de Martinica. La pronunciación criolla de Fort Royal, dará el nombre a sus habitantes: foyaleses. <<

[26] *La Pagerie*: plantación de azúcar y de café, propiedad de la familia de Josefina. Lugar donde ella nació y transcurrió su infancia, hoy convertido en museo. <<

[27] En 1848 estalla una violenta rebelión de la población negra de Martinica, que se propaga a islas vecinas. Francia decreta ese mismo año la emancipación definitiva de todos los esclavos de las colonias del Caribe. La Revolución Francesa ya había declarado en 1794 la abolición de la esclavitud, pero en 1804 fue reimplantada por orden de Napoleón. <<

[28] Corosol: fruto originario de la zona del Caribe, es también conocido como guanabana, annona, gaviola o chachimán. Su nombre científico es *Annona reticulata*. <<

[29] En *Tristes trópicos*, Lévi-Strauss rememora estos frutos que descubre en Martinica: «Yo, con alborozo, encontraba muchas especies vegetales que desde Amazonia me resultaban familiares, aun cuando aquí tuviera que aprender a designarlas de otra manera (*caimito* por *fruta do conde* —algo parecido a un alcaucil dentro de una pera—, *corosol* por *gaviola, papaya* por *mamao, sapotilla* por *mangabeira*)». <<

[30] Breton parece referirse aquí a cierto fenómeno óptico que ocurre a veces en la puesta del sol, con la aparición sobre el disco solar de tonalidades cromáticas generalmente de color verde. Julio Verne recreó en sus novelas algunas leyendas, entre ellas la del diamante o rayo verde que se hace visible en la puesta del sol sólo para los enamorados. <<

[31] Linterna sorda: farol portátil compuesto por una caja cerrada que oculta una luz interna, dotado de un asa o mango que al accionarse abre una de las caras de la caja para dejar pasar la luz en la dirección deseada. Permite ver sin ser visto y se lo utilizó también para enviar mensajes o señales lumínicas. Por su valor simbólico se lo consideró un objeto surrealista. <<

[32] Absalón: se trata de un parque en las afueras de Fort de France cuyo paseo principal conduce a un profundo abismo con un arroyo al final. El camino está rodeado por una exuberante vegetación. Breton, en la pág. 89, vuelve a mencionar este parque de nombre bíblico al recordar su encuentro con Aimé Césaire. Según Michel Leiris es uno de los lugares más bellos del mundo. <<

[33] Portadoras: tradición entre las mujeres de Martinica, que acostumbran llevar cargas sobre la cabeza, hecho al que alude el poema de Breton y el dibujo de Masson. <<

[34] Charles Baudelaire: *Las flores del mal* <<

[35] Poema compuesto exclusivamente con topónimos. <<

[36] En el barco de refugiados con destino a Martinica, además de Breton y de Lévi-Strauss, viajan el escritor y revolucionario Victor Serge y el pintor cubano Wifredo Lam. Todos ellos, con excepción de Lévi-Strauss, son internados en el campo de prisioneros al llegar a la isla. Lévi-Strauss relata en *Tristes trópicos* su encuentro con Breton y el arribo del barco: «Finalmente obtuve mi pasaje para el *Capitán Paul-Lemerle*… La canalla —como decían los gendarmes— comprendía, entre otros, a André Breton y a Victor Serge. André Breton, muy incómodo en esa galera, deambulaba en todas direcciones por los pocos espacios vacíos del puente; vestido de felpa, parecía un oso azul. Iba a comenzar entre nosotros, en el transcurso de ese interminable viaje, una durable amistad…».

«Los pasajeros no tardarían en enterarse de que su barco mugriento y abarrotado era todavía una mansión idílica comparado con la acogida que les reservaba, apenas se echara el ancla en la rada, una soldadesca víctima de una forma colectiva de desorden cerebral que hubiera merecido la atención del etnólogo… La tropa en *shorts*, encasquetada y armada, que se instaló en la oficina del comandante, parecía entregarse menos a un interrogatorio de desembarco que a un ejercicio de insultos sobre cada uno de nosotros, que comparecíamos solos frente a ella, y que no teníamos más remedio que escuchar. Los que no eran franceses se vieron tratados de enemigos, a quienes lo eran se les negaba groseramente tal calidad, al mismo tiempo que se les acusaba, por su partida, de abandonar cobardemente su país: reproche no solo contradictorio sino bastante singular en boca de hombres que desde la declaración de la guerra habían vivido, de hecho, al amparo de la doctrina Monroe…»<<.

[37] Pierre Aliker: médico y político de Martinica, realiza sus estudios en París donde se especializa en cirugía. Es el hermano de Andrew Aliker, periodista de *Justice*, asesinado en 1934. Se vincula con Aimé Césaire y ambos, como militantes comunistas, triunfan en 1945 en las elecciones municipales de Fort de France que consagran a Césaire como alcalde de la ciudad y a Pierre Aliker como diputado. En 1956 se separan del Partido Comunista francés y poco después fundan el Partido Progresista de Martinica. Durante cincuenta años Aliker acompañará a Césaire en el gobierno de Fort de France, al contar con el apoyo permanente de la población. <<

[38] El encuentro entre Césaire y Breton resultará trascendente para ambos poetas. Césaire, quien a partir de allí integrará las filas del surrealismo, recuerda muchos años después: «Yo diría que el encuentro con Breton fue una confirmación de las verdades a las que yo había llegado por mis propias reflexiones. Eso nos permitió ganar tiempo, ir más de prisa, llegar más lejos… fue un encuentro extraordinario, para mí algo *muy importante*… El surrealismo me proporcionó lo que yo buscaba confusamente. Lo recibí con alegría porque encontré en él una confirmación más que una revelación… representaba un factor de liberación». <<

[39] El célebre libro de Césaire se titula *Cahiers d'un retour au pays natal*. Los surrealistas contribuyeron intensamente a su difusión: en 1947 se reedita en Estados Unidos, en francés, con prólogo de André Breton. En castellano se publica bajo el título: *Retorno al país natal*, con traducción de Lydia Cabrera, prefacio de Banjamin Péret, ilustraciones de Wifredo Lam, Molina y Cía. Editores, La Habana, 1945. <<

[40] *Rue de la Liberté*: una de las principales avenidas de Fort de France; se extiende bordeando el parque La Sabana donde se encuentra la estatua de Josefina. <<

[41] En 1872 el filántropo inglés Richard Wallace encarga al escultor francés Lebourg un modelo de fuente de agua potable para donar a la ciudad de París, y hace instalar en lugares públicos de la ciudad una serie de cien fuentes que, en general, tienen la figura de cuatro cariátides que sujetan con ambas manos una cúpula adornada con peces de la que mana agua. Desde entonces las fuentes Wallace forman parte del paisaje urbano de París. Algunas fuentes también se enviaron a Barcelona. <<

Notas

[a] En 1932 un grupo de estudiantes martiniqueses en París (Etienne Léro, Jules Monnerot, René Ménil, Simone Yoyote y su hermano, Pierre) lanzan la revista *Légitime Défense*, proclamando su absoluta solidaridad con el surrealismo. <<

[b] El primer número de *Tropiques*, dirigido por Aimé Césaire y su esposa Suzanne, acababa de aparecer en Martinica durante abril de 1941, casi contemporáneamente con la llegada de Breton. <<

[c] *Poemas humanos*, de César Vallejo. <<

[d] Pierre Abraham, hace algunos años, en la *Nouvelle Revue Française*. <<

[e] No he esperado para contradecir esta declaración aparecida en *Lettres françaises* (nº 7-8, febrero 1943): «Imagino primero a la poesía como una suerte de escritura que, obedeciendo no sólo a los apremios de la prosa, sino también a otros que le son especiales, medida, timbre, ritmo, relación periódica de sonidos, debe sin embargo sobrepasarla en poderes…

»Pido así que la poesía tenga todas las cualidades que se piden a la prosa, que comprenden en primer lugar desnudez, precisión, claridad…

«El poeta debe querer expresar todo y solamente lo que desea. Extremando, nada de inefable, nada de sugestión, nada de imágenes evocativas, nada de misterios…», etc. Roger Caillois, a menudo inspirado, se expresa aquí como perfecto filisteo. <<

[f] Léo Frobenius, refiriéndose a las observaciones de los navegantes europeos de fines de la Edad Media, escribe: «Cuando llegaron a la bahía de Guinea y desembarcaron en Vaida, los capitanes se asombraron al encontrar calles bien arregladas, bordeadas a lo largo de muchas millas por dos hileras de árboles; atravesaron durante largos días una campiña cubierta de campos magníficos, habitados por hombres vestidos con ropas brillantes ¡cuya tela habían tejido ellos mismos! Más al sur, en el reino del Congo, una muchedumbre hormigueante, vestida de “seda” y de “terciopelo”, grandes Estados bien ordenados, y eso en los menores detalles, soberanos poderosos, industrias opulentas. ¡Civilizados hasta la médula de los huesos!» (Citado en *Tropiques*, nº 5, abril de 1942). <<

[g] Pierre Cot: Los diferentes tipos de constituciones democráticas *(Le Monde libre* n.º 2, diciembre de 1943). <<

[h] Aimé Césaire: Isidore Ducasse, conde de Lautréamont (*Tropiques*, nº 6-7, febrero 1943). <<